Soñando con bosques

Virginia Pérez de la Puente

Edición no venal

© Virginia Pérez de la Puente, 2013

© Editorial Planeta, S. A., 2013
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal) Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Llevamos en nuestras raíces la memoria del mundo.

Isobe de Ilhah alzó la cabeza hacia el cielo, dejando que el recuerdo resbalase de su mente y se perdiera entre los jirones de nubes. El viento jugaba con los retazos blancos empujándolos hacia la silueta aserrada de las montañas, enredando su pelo rojizo y tirando de él, como un niño travieso que, tras aferrar con sus manitas invisibles un mechón de cabello, saliera corriendo, risueño, para esquivar sus represalias.

La memoria del mundo…

Las hojas del roble emitían susurros apagados siguiendo la danza de la helada brisa otoñal. Julda había enseñado a Isobe a reconocer sus voces casi al mismo tiempo que a hablar, mezclando su sangre he-ranne con su leche materna para entregar a la hija menor de la Casa de Teilhil una sabiduría olvidada siglos atrás.

La senda del rann. La voz de los muertos.

Verdades perdidas con el tiempo, apresadas entre las hojas, en la savia, en las raíces retorcidas. *Está en la naturaleza del ser humano olvidar los horrores del pasado, quizá para protegerse del dolor de los recuerdos, de la angustia, del sufrimiento que puede acabar con su cordura. Y así el hombre elige borrar su memoria, para evitar que el horror clave los dientes en su alma, desgarre su mente, succione los huesos de su ser. Para no verse obligado a refugiarse en la locura. Aprender a olvidar es aprender a vivir. Y así el hombre olvida, y vive, y lo que un día fue real se va desvaneciendo, pesadilla, cuento, canción, mito, nada.*

—Sólo los árboles recuerdan —musitó Isobe.

Diaina alzó los ojos hacia ella, la interrogación dibujada en el verde de sus iris. Su rostro de facciones suaves todavía poseía la ingenuidad que, a sus diez años de edad, el mundo no había conseguido robarle. «Pronto, Diaina», suspiró Isobe. En Novana no había lugar para los ingenuos. Ni para los niños.

—¿Recuerdan qué? —preguntó Diaina, parpadeando bajo la claridad del sol que, tímidamente, había accedido a asomarse desde detrás de una nube.

—Recuerdan lo que nosotros no queremos recordar.

Bajo cada árbol, una tumba. En cada muerto, una semilla. *Así crecen los recuerdos, olvidados por todos excepto por los bosques*. Susurros entre las hojas, los árboles cantaban lo que los hombres se obstinaban en olvidar, lo que los hombres se empeñaban en no escuchar. Los

recuerdos de los muertos, los recuerdos de miles de vidas, los recuerdos del mundo.

—No lo entiendo.

«Hay tantas, tantas cosas que jamás llegarás a comprender…» Ella tampoco lo entendía por completo. Aunque Julda hubiera hecho todo lo posible por amamantarla con los conocimientos de un pueblo tan antiguo como muerto. Sus ancestros habían plantado árboles en las bocas de sus muertos para que sus almas siguieran viviendo, recordando, sintiendo, pensando en el interior de las plantas; Julda había plantado en ella una sabiduría que Isobe no lograba aprehender.

—Padre dice que los he-ranne no existen —continuó Diaina. Sentada a la sombra del roble, se afanaba en arrancar las escasas briznas de hierba que habían sobrevivido a las primeras heladas—. Dice que Julda no es más que una salvaje de Hongarre que huyó del norte porque allí no hay más que bárbaros que no se visten y viven en cuevas. Y que no debería escucharla porque ni siquiera sabía hablar hasta que llegó aquí.

El cuerpo de Diaina empezaba a cambiar, a punto de convertirse en el de una mujer adulta, como los cuerpos de los árboles se alzaban de la tierra buscando la luz del sol. Todavía era una niña, pero se había criado lejos de una madre y un padre demasiado ocupados como para darse cuenta de que su hija era demasiado adulta para ser aún una cría. En realidad, conocía las respuestas. Sin embargo, a Isobe no le importaba volver a dárselas.

—Se puede tener razón y estar equivocado al mismo tiempo —respondió Isobe. Era muy propio de su hermano despreciar a cualquiera que no fuera igual que él. Y, a ojos de Linat, *nadie* era igual que él. Esa máxima se aplicaba tanto a los salvajes que vivían al norte de la cordillera de Saldehêna como a los muy civilizados y refinados nobles del sur de Novana.

—¿Qué quieres decir, tía Isobe?

—Quiero decir —contestó, estirando las piernas bajo la falda de lana teñida de azul— que tu padre está en lo cierto: los he-ranne ya no existen. Y Julda es una campesina de Hongarre. Sin embargo, sí sabía hablar cuando llegó a Kianlê. Lo que pasa es que hablaba en otro idioma.

—¿Y tú cómo lo sabes? —inquirió Diaina, una sonrisa asomando a sus labios agrietados por el viento—. Si cuando Julda llegó la que no sabía hablar eras tú…

—Es verdad —rio Isobe—. Llegó cuando yo acababa de nacer. Pero mi madre, tu abuela, sí hablaba. Y Julda también —agregó. Según Anneta, la mujer había empezado a parlotear en su extraña jeringonza nada más cruzar las montañas, sin que el hecho de que nadie la entendiera fuera

un impedimento para seguir cacareando todas las horas que pasaba despierta. E incluso, a decir de algún criado indiscreto, las que pasaba dormida.

—Estoy convencida de que no se marchó de Hongarre en busca de una vida mejor —había confiado Anneta a su hija Isobe una noche, cuando la enfermedad que se la llevaría a la tumba aún no había logrado arrebatarle la sonrisa—. Qué va: sus propios vecinos la metieron en un saco y la llevaron al otro lado de Saldehêna para no tener que oírla nunca más. O quizá querían empezar una guerra con el sur y nos mandaron a Julda pensando que nos abriríamos las venas con tal de no seguir escuchando su cháchara. —Al ver los ojos de Isobe abiertos de asombro, Anneta se había echado a reír—. Si no fuera porque es demasiado joven diría que los dioses provocaron el Ocaso para separar a Julda del continente y poner un mar de por medio.

—¿Y a los novanos nos tocó quedarnos en la orilla donde estaba ella? —indagó al fin Isobe, insegura. A veces, el sentido del humor de su madre la desconcertaba.

—Ah, es que Novana es una tierra llena de maldad y depravación, hija mía —rio Anneta—. No tienes más que ver a tu hermano —añadió justo en el momento en que Linat entraba en la estancia con sus zancadas rápidas y destempladas. Su expresión ultrajada y despectiva no hizo sino incrementar las carcajadas que madre e hija fueron incapaces de contener.

Bajo la sombra del roble, Diaina se estremeció y se abrazó a sí misma, con la mirada perdida en las cumbres montañosas que escondían el que había sido el hogar de Julda.

—Hace frío —murmuró, ausente. A veces la mente de Diaina funcionaba al margen de la realidad, como las mentes encerradas entre las raíces de los árboles.

—¿Entonces por qué querías venir aquí? —preguntó Isobe—. Casi siempre prefieres quedarte cerca del fuego y rodeada de gatos empeñados en morderte los pies…

—Sí, pero Kianlê es tan… frío —protestó Diaina—. Cuando estoy dentro me da la sensación de que… de que… —Calló, y un leve sonrojo cubrió sus mejillas, demasiado blancas para ocultarlo.

«¿De que el castillo preferiría que no estuvieras allí?», finalizó Isobe en silencio. Ella también había sentido la desaprobación, el aborrecimiento de las antiquísimas paredes de piedra gris. Kianlê se sentía despreciado, y por eso las despreciaba. El hogar ancestral de los señores de Teilhil había sido sustituido décadas atrás por el castillo más moderno y mejor situado de Ilhah, y la familia de Isobe ya apenas pisaba los terrenos de Kianlê salvo en alguna visita esporádica para

asegurarse la lealtad de sus vasallos. O, como en aquella ocasión, para ocultarse, para desaparecer, para obligar a Novana a olvidar que existía una familia más poderosa que la del mismísimo rey.

—¿Preferirías que nos hubiéramos quedado en Ilhah? —inquirió Isobe. Diaina agachó la cabeza.

—Padre quería que viniéramos a Kianlê.

«Claro que sí. Para quitarnos de en medio y convertirnos en el premio que quiere que seamos». Para Linat, todo era un instrumento. Utilizaba cualquier cosa, incluso personas, para abrirse camino hacia el lugar que creía merecer en el mundo. Aunque esas personas fueran su propia hermana, su propia hija.

La brisa le susurró palabras ininteligibles de consuelo. Isobe la ignoró; hacía muchos años que había asumido lo que era, lo que se esperaba de ella, lo que le deparaba el futuro. Y el odio de Kianlê no hacía sino señalarle la inminencia de ese destino al que ya no podía hacer oídos sordos.

—Anoche soñé con los árboles —dijo de pronto Diaina, su voz clara resonando entre los suspiros de las hojas. Tenía la vista perdida en las ramas del roble—. Me hablaban.

Isobe parpadeó.

—¿Y qué te decían? —preguntó al fin, cuando fue evidente que su sobrina había vuelto a perderse en el mundo demasiado amplio de su imaginación. Al cabo de un instante eterno, Diaina giró el rostro y posó los ojos, verdes y rasgados como los de un gato, en ella.

—No lo sé —dijo con sencillez. Y, pese a su mirada sosegada, Isobe estuvo segura de que mentía.

PRIMERA PARTE

Decimosexto día antes de Yeöi. Año 548 después del Ocaso.

La capital de Novana no sabía si reír o llorar. El llanto por el muy amado y adorado rey Kevol IX se mezclaba en las calles de Lanhav con la risa por el igualmente amado y adorado príncipe Tearate, convirtiendo el día grisáceo en una fiesta de lágrimas polvorientas en las caras de los risueños lanhavenses.

—Manos muertas para coronar a un vivo…

—La corona caída pronto es recogida.

Conteniendo un bufido impaciente, Linat de Teilhil esquivó al grupo de damas que cuchicheaba junto a la puerta del Gran Salón. Cualquiera que intentase entrar en la Torre del Rey se veía obligado a pasar lo bastante cerca de ellas como para que sus ojillos brillantes y afilados tuvieran tiempo de diseccionarlo, analizarlo y sacar conclusiones a partir de su vestimenta, su gesto e incluso el ritmo de su respiración.

—Buenas tardes —saludó una joven, apartándose para dejarlo pasar. Linat le dirigió una mirada desinteresada: seda de color crema, rizos castaños y ojos demasiado grandes para su rostro infantil. No la conocía. Ella agachó la cabeza con timidez, estudiándolo entre las pestañas como si, ella también, fuera incapaz de reconocerlo.

—Buenas tardes, señora —respondió antes de alejarse a toda prisa hacia el otro extremo de la estancia, donde se abría una puerta que comunicaba con corredores y habitaciones que sólo usaban los sirvientes de la familia real. No era extraño que esa chiquilla no supiera quién era: al fin y al cabo, era lo que pretendía.

—Teilhil.

Lanzó una mirada de reojo hacia el centro del salón para asegurarse de que nadie le prestaba atención antes de acercarse al enorme tapiz. Pese a que trató de mantener su expresión impávida, notó la tirantez de los músculos del rostro, empeñados en mostrar el desagrado que aquel hombre le provocaba.

—Venver.

Kaoge de Venver esbozó una sonrisa de dientes amarillos, a juego con los mechones de pelo que cubrían su frente curtida por la intemperie. A diferencia de Linat, que ni siquiera disfrazado podía ocultar su origen noble, el señor de Venver tenía aspecto de salvaje incivilizado. Tampoco era extraño: Venver se hallaba al noreste de la cordillera de Saldehêna. Y todo lo que había al norte de Saldehêna era territorio bárbaro, por mucho que Novana se empeñase en considerarlo parte de sí.

—Estás horrible —señaló Kaoge, alzando una mano de cuero curtido en dirección a la cara de Linat—. Con esa barba eres igualito a mi abuela Ledala. Y mi abuela Ledala era *muy* fea.

—Sabía que las mujeres he-ranne eran más hombres que sus hombres, pero ignoraba que fuera hasta ese extremo —gruñó Linat.

—A ver si te crees que el rey Fiodoc se casó con ella por su belleza —se burló Venver, apoyándose al descuido sobre el tapiz y ocultando con el hombro las facciones tejidas de una dama de ojos bovinos, que observaba maravillada el trote de un unicornio que parecía un gato con la nariz de punta—. Lo mismito que yo, vamos, que me casé con Nola porque tenía ganas de verle las vergüenzas. —Se estremeció de forma visible, sin dejar de sonreír.

—Ignoraba que os gustasen más los hombres.

—Qué va. Lo que nos gusta es el poder —replicó Kaoge, divertido—. Y si para conseguirlo tenemos que llevarnos a la cama a un buey… bueno, tampoco puede decirse que nosotros seamos muy agraciados —concluyó sin dejar de sonreír.

Linat no pudo sino devolverle una sonrisa renuente, pese a que sentía de todo excepto simpatía por Kaoge. Incluso haciendo un esfuerzo por recordar los rasgos caballunos y el cuerpo de rumiante que hacían de Nola de Venver una de las mujeres menos agraciadas de Novana.

Se rascó el mentón barbado en un gesto involuntario. Lo cierto era que picaba, la condenada.

—No tengo intención de casarme con Tearate, así que me da igual estar tan feo como tu mujer y tu abuela desnudas bailando una danza monmorense encima de una mesa. Por los Tres, qué imagen más pavorosa —fingió horrorizarse. Venver soltó una risita sardónica.

—Pensaba que te habías dejado eso precisamente para cortejar a nuestro querido futuro rey. Si aún no se ha casado, igual es porque es a él a quien le gusta besar barbas…

—Entonces Tearate te habría pedido la mano de tu sobrina Adola. Me han dicho que tiene

un mostacho que es la envidia de todos los tikën de Trïga.

—Se hace trenzas, sí —rio Kaoge, y torció la cabeza para esconder sus facciones cuando uno de los sirvientes pasó a su lado. El señor de Teilhil contuvo el impulso de hacer lo mismo. El siervo le resultaba desconocido, pero eso no significaba que fuera así en el caso inverso.

La chiquilla de la entrada no lo había reconocido. Sin embargo, Linat sabía que pocos se engañarían al verlo vestido con ese inhabitual color marrón y oculto tras la barba, por mucho que dejársela crecer hubiera puesto a prueba toda su fuerza de voluntad: los picores habían estado muy cerca de volverlo loco, y su decepción había sido abrumadora al comprobar que la suave barba morena que se había afeitado años atrás era ahora un matojo áspero e hirsuto de pelos amarillentos entremezclados con algún que otro cabello negro. «Soy demasiado joven para parecer tan viejo…»

De cualquier forma, y aun corriendo el riesgo de sufrir una enfermedad de la piel que ni siquiera los sanadores monmorenses sabrían cómo curar, bien merecía la pena el intento.

—¿Qué mejor lugar que la Torre del Rey? —había sido su respuesta a la misiva del señor de Venver, enviada justo después de la inesperada muerte de Kevol IX, en la que el norteño le proponía mantener un encuentro discreto para hablar de sus expectativas de futuro—. El príncipe Tearate está buscándonos para obligarnos a acudir a Lanhav a jurarle lealtad. Pensará que nos escondemos cada uno en una punta de Novana, o incluso que hemos viajado al continente. Jamás se le pasará por la cabeza que podamos meternos en su casa para hablar mal de él.

—Hablar mal de él, qué eufemismo —fue el comentario burlón de Isobe mientras Linat dictaba la carta a uno de sus siervos de confianza—. Ahora a conspirar contra un rey se le llama insultarlo.

—Bueno, *es* un insulto —sonrió Linat—. Pero no mayor que ver a la Casa de Laurvat ocupando un trono que pertenece por derecho a Teilhil.

—Siempre has tenido una idea demasiado elevada de ti mismo, Linat. Laurvat es la casa real. Confórmate con poseer el señorío más grande de Novana, y deja el trono para quien lo quiera.

—Oh, pero es que yo lo quiero —replicó Linat, lanzando una ojeada de advertencia a su hermana. Ella hizo un mohín que no desmereció su impactante belleza de pelo cobrizo y piel pálida, una belleza que ya había inspirado varias decenas de canciones en la Corte de Lanhav, siempre dispuesta a encontrar cualquier cosa que la sacase del aburrimiento.

Ése fue el instante en que Linat decidió enviarla a Kianlê junto con su hija Diaina y

apartarlas a ambas de la mirada codiciosa de los nobles novanos. «Si algo que ves cada día te resulta deseable, ¿no lo desearás más cuando ya no puedas verlo…?» Las canciones dedicadas a su hermana no le servirían para conseguir sentarse en el trono; su matrimonio, tal vez sí.

El capitán de la Guardia Real no había movido un músculo en las más de tres horas que hacía que el príncipe se había sentado tras la mesa. Había llegado a conocer a Tearate lo bastante bien como para saber que su alteza, lejos de encargarse de algún asunto importante, dejaba pasar la mañana apostando consigo mismo a que el siguiente sería el momento en el que el guardia se rascaría la nariz, o cambiaría el peso de su cuerpo de un pie al otro, o haría cualquier cosa que demostrase que no era una estatua de madera policromada sino un hombre.

Vanakao de Venver no le había dado el gusto. Por no haber, no había ni parpadeado cuando el sol, en su paseo diurno por el cielo, posó su mirada deslumbrante sobre sus ojos. A juzgar por sus movimientos, cualquiera habría pensado que estaba muerto. Ignoraba al príncipe heredero en la esperanza de que Tearate decidiera dejar de mirarlo con fijeza, como un niño estudiaría a un insecto estrafalario, mientras esperaba una reacción por su parte. Obstinado, Vanakao continuó fingiendo ser ciego, sordo y mudo. Como era su deber.

Mi alma por mi rey.

El príncipe Tearate disimuló un bostezo tras la mano derecha y apoyó el codo en el reposabrazos del inestable bastidor que algún artesano con ínfulas se había atrevido a llamar “silla”.

—¿Cuánto falta para la hora de comer? —murmuró—. Esa gente de ahí abajo no pretenderá quedarse a ver si la invito, ¿verdad…?

Como Vanakao sabía de sobra, la idea de Tearate al recluirse en sus habitaciones había sido aislarse de los nobles, vasallos de los nobles, esposas de los nobles, madres de los nobles, hijas de los nobles, damas de compañía de las hijas de los nobles, comerciantes venidos a más, artesanos venidos a menos, familiares lejanos y demás parásitos que pululaban por la Torre del Rey, dispuestos a asaltar a su joven príncipe para ofrecerle, una vez más, sus condolencias por el fallecimiento de Kevol IX y demostrarle, una vez más, lo leales que eran y lo inteligentísimo que

sería él si tuviera presentes sus nombres a la hora de decidir de quiénes se rodearía para comenzar su gobierno con buen pie. Incluso desde su posición como mero testigo, Vanakao entendía perfectamente que Tearate tuviera ganas de agarrar una pica y empezar a ensartar cuerpos como un tikën poseído por una furia homicida.

—Y ni siquiera tienen la decencia de esperar a mi coronación para empezar a hacer planes —rezongó Tearate como si hubiera leído sus pensamientos—. Putos cretinos…

Vanakao no hizo gesto alguno. Si había algo que un hombre debía saber antes de ingresar en la Guardia Real de Novana era cómo permanecer inmóvil e impávido durante horas y horas.

—Creo que voy a disolver el Cuerpo —comentó Tearate para sí, cuidando de alzar la voz lo bastante como para que Vanakao no tuviera más remedio que escucharle—. Total, para lo que servís, bien puedo ahorrarle a la Corona el paño de vuestro uniforme. Y vuestra paga, que no es lo que se dice baja. Oh, y vuestra puta presencia, claro —refunfuñó, acariciándose el mentón en un gesto premeditadamente pensativo.

Vanakao se permitió el lujo de parpadear una única vez antes de regresar a su anterior inexpresividad.

—Vaaaaaaaya… Así que las orejas te sirven para algo más que para asomarte por debajo del pelo. Me alegra saberlo —gruñó Tearate, levantándose con esfuerzo del asiento. Se llevó la mano a los riñones y emitió un suspiro—. Estoy demasiado viejo para ser tan joven —protestó. Apoyó las manos sobre la mesa de madera oscura, tan pulida que, cuando se inclinó sobre ella, Vanakao pudo ver el reflejo de su rostro inmaduro y ojeroso, de los ojos envueltos en un sudario de piel negruzca e hinchada.

Era lo que se esperaba de él: mala cara, palidez, debilidad física y fortaleza espiritual. Todavía se hallaban en período de luto por su padre fallecido. Aunque, en palabras del propio Tearate, las muestras de dolor que veía resultasen casi ridículas. Si el propio Tearate, que adoraba a su padre, no había sido capaz de llorar más de cinco horas seguidas, ¿cómo pretendían los lanhavenses hacerle creer que sentían tanta pena como para revolcarse por el barro en un vano intento de aliviar su profundísima tristeza?

—Supongo que Padre tenía razón —volvió a rezongar el príncipe—. Sólo hay una cosa que comparten los habitantes de Lanhav: son unos gilipollas. Del primero al último. No se salva ni la madre que me parió, los Tres la hayan coronado con flores silvestres y todo eso.

Vanakao siguió inmóvil junto a la puerta.

—Y sólo hay una cosa que comparten los guardias reales —siguió Tearate, lanzándole una mirada intencionada—. No son humanos. Pero son tan idiotas que ni siquiera se dan cuenta.

—Sí, alteza —respondió Vanakao, manteniendo la expresión cuidadosamente impasible.

—Oh, también hablas. Qué bien —masculló el príncipe, dirigiéndose a grandes zancadas hacia la puerta. Se detuvo junto a él y escudriñó sus ojos, que Vanakao mantenía clavados en el tapiz de la pared opuesta—. Dile a tu comandante que quiero hablar con él.

—No puedo moverme de aquí, alteza —fue la respetuosa respuesta de Vanakao.

—Estupendo. Pues no te muevas, ¿eh? —replicó Tearate antes de abrir la puerta de un tirón.

Vanakao de Venver permaneció quieto mientras el rey al que había jurado proteger salía de la estancia y cerraba la puerta tras de sí. Suspiró, sacudió la cabeza y alargó la mano para volver a abrirla y echar a andar en pos del caprichoso heredero del trono.

—Tenías razón —empezó Kaoge—. Mi hijo Vanakao dice que Tearate ha enviado a varios de sus compañeros a recorrer Novana con copias de dos cartas, una a tu nombre y otra al mío. Pero no ha pensado en guardar una en Lanhav por si se nos ocurría aparecer por aquí. Estoy seguro de que ni siquiera si bajase ahora mismo por esa escalera y nos viera charlando en su salón creería en la posibilidad de que estuviéramos en la Isla. Y juntos, nada menos.

—Hay ciertas cosas que es mejor hacer en persona —dijo Linat.

—Cierto.

—Había olvidado que tu hijo pertenecía a la Guardia Real —siguió, lo bastante contrariado como para dejar que su ceño se frunciese de forma visible. Despistes como ése eran los que llenaban de cuerpos las celdas bajo la Torre del Rey y de sangre las tarimas levantadas a toda prisa en la Isla. Y él no tenía ninguna intención de convertirse en una mancha rojiza para divertimento del pueblo lanhavense.

—Es capitán de la Guardia Real, sí. De momento —corroboró Kaoge—. Hasta que Tearate le permita regresar a Venver y retomar su papel como heredero del señorío mientras espera el

deceso de su amado padre.

—¿Tienes intención de morirte? —preguntó Linat con brusquedad.

—Ni la más mínima. Pero deja que Tearate sueñe cosas bonitas mientras todavía puede hacerlo —rio el señor de Venver, alzando la mirada hacia él—. De todos modos, Vanakao podría salir de la Guardia Real mucho antes si el trono no estuviera ocupado por un Laurvat. No sé qué tendrá esa familia en contra de la mía. Deberían estarnos agradecidos por librarles de la rama fea y dejarles a los guapos para perpetuar su estirpe…

—Eso que acabas de decir se parece mucho a la traición, ¿sabes? —señaló Linat en tono casual.

—¿El qué, que mi rama de la familia real es fea?

—No. Lo otro.

—Oh, qué pavor. Tienes razón —se burló el señor de Venver—, que tú y yo queríamos hablar del mal tiempo y las cosechas…

A su pesar, Linat sonrió.

—Ya veremos lo que opinas a mediados de Tihahea cuando no tengas más que carne rancia y manteca agria que llevarte a la boca. Pero estoy de acuerdo: no hemos venido hasta la Isla para hablar del clima.

—No.

Linat se apoyó junto al deforme unicornio de lana y cruzó el tobillo derecho sobre el izquierdo, adoptando una postura fingidamente relajada.

—Tearate —dijo. Su interlocutor asintió sin necesidad de más explicaciones.

—Aún quedan cincuenta y dos días de luto por Kevol. Es decir, cincuenta y dos días para su coronación. Pero nadie se ha planteado la posibilidad de que el Triasta ponga la corona encima de otra cabeza. —Hizo una mueca de desagrado—. Incluso él mismo se considera ya rey de Novana, señor de Laurvat, soberano de Lenvania, Venver, Teilhil y Sendala, conquistador de Hongarre, protector de las Islas de Somlo y Desa y Luz de Lanhav.

—Soberano de Teilhil, nada menos —bufó Linat—. Teilhil es mío, no de ese chaval que todavía no sabe limpiarse los mocos sin ayuda de su mayordomo mariquita. Novana debería ser mía —agregó en un gruñido frustrado.

—Excepto Venver —fue la respuesta de Kaoge. El noble norteño no se había inmutado al

ver la impaciencia de Linat; casi parecía divertido ante su reacción—. A mí Novana me importa tres mierdas. Por mí como si se hunde en el mar. Lo que no soporto es que Novana piense que Venver y Hongarre le pertenecen sólo porque tuvimos la mala suerte de acabar compartiendo isla después del Ocaso.

Linat aguantó su mirada tanto tiempo que la imagen se volvió borrosa ante sus ojos; sin embargo, ni aun así la apartó.

—La mayoría de los novanos consideran que Venver y Hongarre forman parte del país por designio de los dioses —aceptó, aferrando una jarra de peltre de manos de un sirviente que correteaba en dirección a otro grupo de nobles. Se la llevó a la boca sin ceremonias y bebió dos tragos del vino que contenía. Madera. Mezclada con el sabor dulce de las especias y el leve regusto metálico del recipiente, formaba un conjunto… interesante. Le tendió la jarra a Kaoge—. Y no les falta razón —añadió con cautela, lanzando una ojeada al sirviente. El joven vestido de negro dio un respingo, giró sobre sus talones y echó a correr hacia la puertecita entornada de la que acababa de salir—. Al fin y al cabo, si los Tres decidieron separarnos a todos del continente, ¿quiénes somos nosotros para contradecirles?

—Creía que querías ser rey, pero si prefieres convertirte en Triasta no tienes más que decirlo —dijo Kaoge, sardónico—. El tocado de tres picos es mucho más favorecedor que la corona. Y así no tendrás que preocuparte cuando empieces a quedarte calvo.

Linat alargó el brazo para recuperar la jarra medio vacía.

—No tengo intención de quedarme calvo. Y si quisiera ser Triasta, lo sería.

—¿Y si quisieras ser rey…? —contraatacó el señor de Venver, provocándole un ataque de tos que acabó enviando el vino, mezclado con su saliva, sobre el vestido de lana amarilla de la dama del tapiz. Se limpió la nariz con la manga, frunciendo el ceño en un gesto que Kaoge no creyó lo bastante amenazador como para dejar de sonreír.

—Si quisiera ser rey, buscaría el apoyo de los nobles más poderosos de Novana y les propondría una alianza.

Kaoge compuso una sonrisa torcida. Su expresión decía, tan claramente como si sus labios hubieran formado las palabras, «por fin estamos llegando a donde queríamos llegar».

—Tendrías que ofrecerles mucho a cambio. Conspirar contra el rey todavía se considera traición, y está penado con la muerte. Entre otras cosas más desagradables.

—Soy el señor de Teilhil —se envaró Linat—. Podría ofrecerle a cualquiera mucho más de lo que se le ocurriría imaginar después de beberse la reserva de aguardiente de La Doncella en una noche tonta.

—Lenvania quizá no estaría de acuerdo.

—Lenvania es un gilipollas.

—Sí. Pero es un gilipollas tan rico como tú —rio Kaoge, aceptando de nuevo la jarra, en la que ya apenas quedaba un dedo de vino lleno de posos—. ¿Qué le darías a cambio de su apoyo? ¿Renegarías del recuerdo de tu muy difunta esposa y te casarías con su hija Marionna, por ejemplo? —Señaló con la cabeza en dirección al grupúsculo de damas que seguía cuchicheando junto a la puerta. La mirada de Linat cayó sobre la joven que lo había saludado al entrar. Se sobresaltó. «La hija de Lenvania. Maldita sea, estoy perdiendo facultades», se increpó, conteniendo el impulso de arrebatar la jarra de los labios de Venver para apurar su contenido en busca de una seguridad que, poco a poco, le iba abandonando.

—Ya tengo un heredero y una hija casadera. Mi matrimonio con Marionna de Lenvania no daría ningún beneficio a su padre…

—…salvo emparentarle con Teilhil, claro —apuntó Kaoge.

—De cualquier forma, cuando yo digo que Lenvania es gilipollas, es que es gilipollas. A quién se le ocurre traerse a su hija a Lanhav en un tiempo de transición, por ejemplo. —Alzó la mano y acarició el rostro de lana de una dama que observaba el vuelo de un dragón famélico—. Hay lugares, y épocas, que no están hechos para mujeres tan jóvenes como ella. Sobre todo si son solteras.

—Es en Lanhav donde hay que estar en estos momentos. Todavía me pregunto por qué no has traído tú a tu hija y a tu hermana, aunque para ello tuvieras que disfrazarlas como te has disfrazado tú.

—No soy tan idiota como para ponerlas en manos de Tearate, como ha hecho él —fue la respuesta de Linat—. O como has hecho tú con tu hijo Vanakao, por poner otro ejemplo.

Kaoge decidió pasar por alto el insulto.

—Es igual —desechó—. Estoy seguro de que podrías comprar la lealtad de Lenvania de alguna forma. —Su sonrisa se endureció—. Lo que me estaba preguntando es cómo pretendes lograr el apoyo de Venver.

Linat arqueó una ceja.

—¿Y quién te ha dicho que necesite el apoyo de Venver…?

Kaoge se encogió de hombros y alargó el brazo para encajar la jarra vacía en las manos de otro sirviente que pasaba junto a ellos.

—Veamos —fingió cavilar, alzando los ojos hacia el techo y propinándose un golpecito con el dedo en la barbilla—. Teilhil es tuyo, como ya has tenido a bien dejar claro unas veinte veces desde que hemos empezado a hablar. Es uno de los señoríos más grandes, ricos e influyentes de Novana.

—El que más.

—Lo que tú digas, hombre, lo que tú digas —dijo Kaoge, divertido—. Laurvat y Lenvania son los dos señoríos que lo siguen en importancia, tamaño y riqueza. Laurvat pertenece a Tearate, de modo que no podrías comprar su apoyo para destronarle ni con todo el oro del continente y el apoyo militar del imperio de Monmor. Y Lenvania…

—Lenvania es gilipollas.

—Lo cual no quita que sea leal a Tearate, al menos de momento.

—Pues por eso digo que es gilipollas.

—Muchos considerarían que es más inteligente ser leal a un rey que a un señor que todavía no tiene ni la corona ni las simpatías de nadie.

Linat cerró la boca, tragándose la réplica y la bilis que abrasaba su garganta.

—Dame tiempo —murmuró.

—Cincuenta y dos días. Es el plazo que tienes para conseguir la lealtad de Lenvania. Y, si no la consigues… Bueno, no te vendría mal el apoyo de otro señorío rico e influyente, aunque esté al norte de la cordillera de Saldehêna. Es decir —explicó alegremente—, que necesitas a Venver y has venido a por su apoyo, como era obvio desde el principio. Eso por no hablar del muy elocuente hecho de que te hayas reunido conmigo, arriesgándote a que Tearate te descubra y te obligue a ponerte de rodillas delante de él.

Linat hizo una mueca.

—No, muchas gracias. Hay cosas que no haría por ningún hombre, aunque ese hombre sea mi rey.

—Oh, tu rey —rio Kaoge—. Ten cuidado, Teilhil. Se empieza llamando “mi rey” a Tearate

y se acaba muriendo en una batalla con su nombre en el corazón y una sonrisa de felicidad en los labios.

—Ignoraba que tuvieras alma de bardo —resopló Linat.

—Entre otras cosas. —La cabeza de Kaoge se inclinó hacia un lado hasta rozar el tapiz, apoyándose sobre la lana verde del prado en un ademán relajado—. De modo que dime, oh, señor de Teilhil: ¿cómo pretendes conseguir el apoyo de Venver? Te adelanto desde ya que mi hijo Vanakao no va a casarse contigo —comentó en tono festivo—. Eres demasiado viejo para él.

Linat buscó con la mirada otra jarra de vino tras la que poder esconder su inseguridad. Maldita sea, Venver tenía razón. Había acudido a Lanhav para comprar su lealtad, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo. Kaoge no le daría su apoyo por el mero hecho de que Linat le cayese mejor que Tearate. Sobre todo teniendo en cuenta que a Kaoge no le caía bien absolutamente nadie. Y era recíproco. Nadie podía soportarlo. Linat estaba convencido de que ni él mismo se aguantaba. Por mucho que sonriese como si estuviera encantado de haberse conocido.

—Si quieres que Vanakao herede Venver —empezó con cautela—, tendrás que buscarle una esposa y casarlo…

—Sí. Pero no tengo intención de unir a mi hijo con Teilhil, sin ánimo de ofender —respondió Kaoge con tranquilidad—. Ni con ninguna otra familia de Novana. También sin ánimo de ofender.

—Supongo que con “Novana” te refieres al sur de Saldehêna.

—Venga ya, Linat —exclamó Kaoge—. Los dos sabemos qué es lo que Venver quiere. ¿De verdad tengo que explicártelo…?

«No».

Suspiró.

—Lo mío se acerca a la traición, pero lo tuyo va doscientas leguas más allá y luego vuelve antes de que lo mío haya salido.

—La traición sólo depende del tiempo. Ahora mismo, lo es. Dentro de cincuenta y dos días… ¿quién sabe? Quizá sea devoción a tu país. Y al mío —agregó Kaoge, enarcando una ceja intencionada—. Venver.

—Independencia —dedujo Linat—. Dime una cosa… ¿Pretendes que Hongarre se una a Venver, o vas a dejar que los clanes se busquen la vida para conseguir separarse de Novana por su

cuenta?

—Hongarre y Venver son lo mismo.

—Es una locura.

Kaoge elevó una mirada exasperada al techo.

—No menos que dejarle el trono a un chaval. Tearate ni siquiera sabe cómo afeitarse él solito, si es que ya le hace falta afeitarse, claro. Como para ponerle al frente de todo el país, vamos.

—La unidad de Novana es un designio de los Tres.

—Ni Lhadhar ni Cahhir se han pronunciado nunca al respecto —argumentó Kaoge—. Y, que yo sepa, Jenhaha prefiere usar su voz para expresar otras… cuestiones. Así que dime, Linat… ¿Qué prefieres, una Novana más pequeña pero tuya, o una Novana grande en manos de Tearate de Laurvat? ¿Hasta dónde serás capaz de llegar con tal de sentarte en el trono?

Linat sostuvo su mirada sin pestañear. En los iris pardos del señor de Venver pudo ver, por un instante, cómo la burla era sustituida por algo muy distinto, un destello de violencia que estuvo a punto de hacerle recular. Un brillo repentino que le recordó que, por mucho que vistiera de terciopelo y seda, Kaoge no dejaba de ser descendiente de los clanes he-ranne. Los mismos que habían empapado en sangre la isla sin dejar de sonreír bajo la tintura azul que cubría sus rostros. Los mismos que, espada en mano, habían eviscerado a tantos miles de novanos que los gritos de dolor, horror y muerte todavía podían oírse, cientos de años después, en las gargantas de la cordillera que dividía en dos la isla.

¿De verdad quería Novana seguir contando a esa gente entre sus súbditos? ¿Y de verdad tenía Novana poder para conseguirlo?

—Está bien —accedió—. Apóyame para conseguir el trono de Novana, y cuando sea rey firmaré la independencia de Venver y Hongarre.

—No.

Linat alzó la vista, sorprendido. Kaoge le dedicó una sonrisa depredadora.

—No, no vas a firmar nada. No vas a regalarnos nuestra libertad. Vas a admitirla. Vas a decir que siempre hemos sido libres e independientes, no que Novana se siente lo bastante generosa como para entregarnos algo que siempre ha sido nuestro.

—De acuerdo —se rindió Linat, empujando sus pensamientos más sombríos a un rincón de su mente. Ya tendría tiempo de sopesar lo que acababa de hacer. En ese instante era mucho más

importante conseguir la ayuda de Kaoge que preocuparse por el sentido de un par de palabras.

—De acuerdo —coreó Venver, y al fin su sonrisa se extendió hasta sus pupilas—. El señor de Sendala ha tenido a bien aceptar mi invitación a cenar esta noche —añadió en tono relajado, separándose del tapiz—. Una cena austera, como corresponde al período de luto por nuestro bienamado rey. Me sentiría honrado si tú también decidieras asistir.

—Por supuesto —asintió Linat, e inclinó la cabeza mientras, él también, esbozaba una débil sonrisa.

Vanakao se detuvo en el rellano. Recostado contra la pared, Tearate puso los ojos en blanco y soltó un bufido entrecortado.

—De verdad —gruñó, observando a los dos hombres que caminaban en dirección a la puerta del Gran Salón—, ¿tanta pinta tengo de ser imbécil…?

—¿Alteza?

Tearate hizo un gesto evasivo.

—Nada. Dile a Yosen y a Tranlovar que se reúnan conmigo en mis habitaciones —ordenó, girando sobre sus talones para volver a subir la escalera—. Y tráete al señor de Lenvania, si es que eres capaz de encontrarlo y de secuestrarlo sin que todos esos cretinos se den cuenta —agregó por encima del hombro. Vanakao se quedó inmóvil en el penúltimo escalón, parpadeando con desconcierto.

El crepúsculo era dorado.

Jamás había visto un anochecer así. De pie junto a una columna de mármol, Isobe extendió la mano hacia el sol moribundo y emitió una risa cantarina al ver que el astro pintaba de oro su piel, el aire, la arena y la piedra, el cielo.

El calor también iba desapareciendo al mismo ritmo perezoso que empleaba el sol para zambullirse entre las dunas. Obligado por la noche a huir del cielo, el oro, resignado, iba

convirtiéndose en plata líquida. La brisa olía a miel. Isobe se irguió en dirección al horizonte, aspirando el aire fresco que anunciaba la oscuridad, el suave viento cargado de polvo plateado.

Una estrella apareció, tímida, en el cielo.

Así debieron soñar los dioses el mundo. Un sueño que habían decidido compartir con Isobe de Ilhah.

—Oro —susurró, contenta, cerrando los párpados bajo la caricia de la brisa. Un mundo enjoyado, tan distinto de la realidad que Isobe se preguntó si no habría muerto. El pensamiento no hizo sino acrecentar su felicidad.

Un grito. Se volvió, sobresaltada; el brillo del sol agonizante sobre los mosaicos de oro y plata la deslumbró, cegándola, convirtiendo el mundo en un reflejo espejado de luz blanca. Entrecerró los ojos.

Sombras.

La oscuridad cayó sobre el patio, espesa y viscosa como bruma negra, amortiguando los alaridos, los llantos, la voz tensa de un hombre que ladraba órdenes que inundaban el aire de palabras sin sentido. Un olor metálico la asaltó con la saña de un ejército sediento de… de…

Sangre.

Otro grito, de horror. Éste escapó de sus labios cuando sus ojos se posaron sobre el cuerpecito del niño, unido todavía a su invisible madre, la piel pegajosa y resbaladiza por la sangre de su nacimiento. El tercer aullido se atascó en su garganta mientras su mirada seguía el viscoso conducto que brotaba del abdomen del bebé hasta su propia entrepierna.

Sangre.

Cayó de rodillas, incrédula, aterrada, incapaz de sostenerse de pie. Las sombras fluctuaron hasta formar la figura de un hombre. La negrura se espesó, silueteando la túnica que cubría su cuerpo, la espada curva que sostenían sus dedos, apagando el brillo de la hoja al levantarse en el aire y caer, trazando un arco, hasta hender la carne cubierta de fluidos del bebé.

Sangre.

Isobe se desplomó, horrorizada, las manos dibujando letras de color escarlata, símbolos ininteligibles, en el suelo de teselas metálicas. La muerte avanzó por el cordón umbilical, introduciéndose en su cuerpo, arañando sus entrañas en busca de su alma. Jadeó cuando sus pulmones se negaron a respirar. Muerte. Sombras.

Sangre.

El hombre se giró para mirarla. El brillo de una sonrisa maligna. Ignorando su siguiente chillido, levantó la hoja y la descargó sobre un segundo bulto, cubierto de sombras, que agitaba las manitas en el aire.

Sangre.

Despertó con el quinto grito repicando dolorosamente en la cabeza. Se incorporó con una exclamación ronca, el aire rascando su garganta magullada, y dejó que la manta resbalase hasta convertirse en un bulto informe en su regazo. Un bulto con forma de…

Se estremeció, cubriéndose los brazos desnudos con las manos. La luz de la luna penetraba por el hueco que dejaba el lienzo sobre la ventana, creando un camino de plata desde el cielo hasta su lecho. Un sueño, nada más. No había niño. No había hombre, ni espada, ni sombras. No había…

Sangre.

El dolor en su vientre se convirtió en una puñalada ardiente, blanca, que la hizo gemir de aprensión. Pataleó para liberarse de la manta, casi frenética, y volvió a gritar al ver el charco, plateado bajo el rayo de luna, que empapaba el colchón relleno de paja, su camisa de dormir, sus piernas.

—No puede ser —jadeó—. No puede… Yo no…

Intentó respirar; el aire a duras penas entraba en sus pulmones. Mareada, apartó la manta y trató de descolgar las piernas por el borde de la cama. Su cuerpo se negó a responder.

«No puede ser».

Entonces, lo comprendió. La luna. Sangre. Dolor. Estuvo a punto de echarse a reír de pura histeria. «Tonta, tonta, tonta…» Un sueño… Una travesura de su mente, que había convertido las molestias de su ciclo menstrual en imágenes, dando forma a uno de los temores que no había logrado superar con la infancia.

—Cuando le des un hijo a tu esposo, estarás ayudando a Teilhil a recuperar el lugar que es suyo por derecho…

Palabras de Linat. Isobe se mordió el labio. «¿Y si… y si no puedo?» Los ojos de su hermano, en su imaginación, se convirtieron en acero afilado.

—No seas tonta —se reconvino, logrando sentarse en el lecho y apartándose de la frente los mechones empapados en sudor frío—. Claro que podrás. Sea quien sea el hombre con quien Linat

te case, le darás todos los hijos que haga falta. Hacemos lo que debemos hacer.

Siempre.

Suspiró, agachando el rostro. «Debería llamar a Julda para que me prepare un baño». Los siervos no protestarían si su señora les exigía agua caliente en mitad de la noche. Ellos también hacían lo que debían hacer.

Un quejido apagado la sobresaltó. Alzó la cabeza.

—¿Diaina? —susurró, recordando de pronto la presencia de su sobrina. Había estado medio dormida cuando la hija de Linat acudió a su cama para ahuyentar los malos sueños. Diaina no dormía bien, y a veces, sólo a veces, la presencia de Isobe lograba calmarla lo suficiente como para descansar unas horas sin ver sus sueños invadidos por sus terrores más hondos.

La niña estaba sentada en el otro extremo del lecho. No parecía haberse dado cuenta de que Isobe se hallaba a su lado. No parecía consciente ni de dónde estaba.

Temblaba.

—¿Diaina? —repitió Isobe, reptando hacia ella mientras las cobijas intentaban impedirle acercarse.

—Hay dos —sollozó Diaina sobre el nido formado por la manta—. Dos, dos, dos…

—Dos —murmuró ella, desconcertada—. ¿Dos qué?

—No son dos. Es uno. Es uno —gimoteó Diaina, apretándose las sienes con los dedos—. No lo matéis, no, no…

Sangre.

—Está llorando —musitó Diaina, Levantó la cabeza y clavó las pupilas en el infinito. Entre las sombras, sus ojos brillaban como fuego verde—. No lo matéis. No me matéis.

Isobe la envolvió en un abrazo y enterró el rostro entre sus cabellos negros. Olía a lavanda, a sudor y a sangre. A miedo.

—Los sueños sólo son sueños, Diaina —dijo, estrechándola con fuerza para que dejase de temblar—. Sólo sueños.

Cuando la última palabra abandonó sus labios, Isobe sintió un escalofrío.

El futuro rey de Novana tenía el ceño fruncido. Como casi siempre.

Vanakao de Venver contuvo un suspiro cuando el príncipe eludió su mirada y cruzó los brazos ante el pecho, sin ocultar su impaciencia.

—Se espera de vos que agradezcáis la presencia de vuestros nobles, alteza —cuchicheó el mayordomo mayor, Tranlovar, inclinándose sobre el príncipe desde su lugar junto a su silla.

—Y estoy agradecido. Vamos, estoy que no quepo en mí. Tan agradecido que me estoy gastando medio tesoro real en darles de cenar como si me cayeran bien —rezongó Tearate sin cambiar su expresión desapacible. A su lado, Dalin de Istas ocultó un amago de sonrisa tras la copa plateada.

—Es lo que se espera que hagáis, señor —reiteró Tranlovar pacientemente, e, inclinándose una vez más sobre el asiento que el príncipe ocupaba tras la mesa en la cabecera del Gran Salón, recitó—: Cumplidos veinte días de luto por un monarca fallecido, es costumbre que los nobles de Novana presenten una vez más sus condolencias al hered…

—Pues que presenten lo que les dé la gana y que se larguen. Qué ganas de molestar a la gente, por los Tres —masculló Tearate, siguiendo con ojos vidriosos a una sirvienta que bailoteaba, haciendo equilibrios con una bandeja de carne asada, entre las mesas alargadas repletas de nobles rijosos.

—…el heredero del trono —siguió Tranlovar— por tradición invita a quienes han acudido a darle el pésame a un refrigerio…

—Refrigerio. Ya. Con lo que están devorando podría alimentar al ejército de mi familia durante tres campañas invernales seguidas. Y a todas las putas que viajasen con él. Y las putas comen mucho, si entiendes lo que quiero decir. —Tearate lo miró de reojo—. O no, yo qué sé —murmuró.

—…costumbre que ofrezca lo mejor de su despensa a…

—¿Para qué cojones tienes que contarme todo esto? —lo interrumpió Tearate, alargando una mano para aferrar un trozo de carne de la fuente que tenía delante, y que sus compañeros de mesa habían dejado sin tocar en deferencia a él—. En serio, no me interesan ni las costumbres, ni las tradiciones, ni la madre que las parió. Con que lo sepas tú es suficiente, ya te encargas de hacer todo lo que dices que yo tengo que hacer…

—Se supone que tengo que saberlo —se envaró Tranlovar, orgulloso. Demasiado orgulloso

para ser un mero sirviente, pensó Vanakao. Claro que el caso de Tranlovar siempre había sido… peculiar—. Mis funciones incluyen no sólo asegurarme de que la fortaleza de la Isla está abastecida en…

—Sí, vale. Lo que sea —gruñó Tearate antes de clavar los dientes en la carne. La grasa de la ternera se escurrió entre sus dedos, manchando la seda de su jubón. Tranlovar soltó una exclamación horrorizada. Vanakao, por su parte, contuvo una sonrisa, ocultándola tras su habitual máscara de impavidez.

En cierto modo, el príncipe tenía razón. El Gran Salón, centro de Novana y lugar desde el que innumerables reyes habían gobernado la isla, estaba abarrotado casi hasta el límite de su capacidad. Y era una estancia inmensa. Sin embargo, aquella noche parecía ridículamente pequeña: las mesas alargadas rozaban los extremos de la sala, y apenas había un paso de distancia entre tablero y tablero, lo suficiente para que se encajasen decenas de cuerpos cubiertos de seda, lana, paño, joyas y sudor. Los grandes hogares de piedra estaban apagados pese a lo avanzado del otoño; con la aglomeración de hombres y mujeres había bastante para que en cualquier momento alguien sufriera un desmayo por el calor.

No deberían haber acudido tantos. «Es extraño», pensó Vanakao, dejando que sus ojos se paseasen con disimulo entre las mesas. Todos parecían disfrutar de la comida, de la bebida y de su mutua compañía; algo que ya de por sí podía considerarse curioso, aunque no hubiera gente más experta en el fingimiento y la hipocresía que los nobles novanos. Todos sabían cuál era la expresión adecuada para el momento: moderada satisfacción, pena igualmente moderada, ningún exceso ni en la alegría provocada por el vino ni en el dolor por el fallecimiento de Kevol IX. Y todos, con mayor o menor disimulo, estaban pendientes de su enfurruñado futuro rey.

—Deberíais al menos tratar de sonreír con amabilidad —sugirió Tranlovar en dirección al príncipe, que comía en silencio asesinando con la mirada a todo el Gran Salón—. Estos hombres y mujeres han venido a despedir a vuestro padre, al fin y al cab…

—Que sigan comiéndose mi despensa y me dejen en paz —resopló Tearate. Despidió con un gesto desabrido a la sirvienta que se empeñaba en servirle más vino. «Bueno, al menos no tiene previsto montar una escena y echarle la culpa al exceso de bebida», pensó Vanakao. Un instante después se reprochó a sí mismo sus desleales pensamientos. El príncipe heredero podía ser brusco, malencarado y grosero, pero sabía cuál era su deber y lo cumplía a rajatabla. E incluso a veces lo

hacía sin quejarse demasiado.

Y Vanakao no podía evitar sospechar que gran parte de esa hosquedad y mala educación de las que Tearate hacía gala era una simple fachada.

—Alteza —insistió Tranlovar, mirando de reojo a Dalin de Istas para asegurarse de que no le prestaba atención. Vanakao no se extrañó al ver que Dalin bajaba el rostro y fingía concentrarse en un guisante que había quedado en su plato, huérfano, una vez desaparecido el cordero en salsa de miel y arándanos—. Alteza, creo que no os habéis dado cuenta de lo que está en juego en realidad en esta cena. No se trata solo de una comida de cortesía: es…

—Te aseguro que sé perfectamente lo que está en juego, Tranlovar. —Tearate alzó la cabeza. Sus ojos oscuros se clavaron en los de su mayordomo—. Quizá mejor que tú.

—En ese caso, alteza, tal vez deberíais…

Se interrumpió al ver la expresión desconcertada del príncipe, seguida casi al instante por un rictus alarmado. El rostro del heredero palideció bajo la luz de las velas.

—¿Qué ocurre, alteza? —inquirió Vanakao, adelantándose un paso, cuando los dedos de Tearate se abrieron para dejar caer el trozo de carne que había estado mordisqueando. El futuro monarca se llevó la mano a la frente para enjugarse una invisible gota de sudor. Al retirarla, la piel de su cara brilló, manchada de grasa, dándole un aspecto casi enfermizo.

—Nada —murmuró, echándose hacia atrás con brusquedad. La silla emitió un agudo chirrido al arrastrarse por la tarima. Ignorando la repentina atención de los comensales más próximos, Tearate apoyó las manos en la mesa y trató de incorporarse.

Lo consiguió al segundo intento. Y, aun así, se bamboleó antes de lograr enderezarse.

—¿Alteza? —preguntó Vanakao, inquieto, al ver cómo los rasgos del príncipe se contraían en una mueca dolorida. Tearate sacudió la cabeza y tomó aire con dificultad.

—No pasa nada —dijo ensayando una débil sonrisa—. Algo que me habrá sentado mal, eso es todo.

Se llevó la mano al vientre en un gesto que trató de disimular enderezándose el cinturón. Vanakao se asustó al ver el brillo mortecino, casi febril, de sus ojos normalmente inquietos y retadores.

—Llama a Yosen —bisbiseó Tearate antes de tambalearse hacia la escalera. Anonadado, Vanakao se quedó inmóvil junto a la silla vacía del príncipe, y ni siquiera fue capaz de reaccionar

cuando el sanador pasó corriendo a su lado como una mancha negra llena de eficiencia.

«Debería ir con él. Hoy el rey está a mi cargo».

Mi alma por mi rey.

El silencio sólo duró un instante. Al siguiente, los nobles de Novana parecieron recordar cómo había que comportarse y devolvieron toda su atención a la comida y a las conversaciones que la súbita partida del heredero del trono había interrumpido. Una sirvienta apareció por la puerta de acceso a las cocinas con una enorme bandeja de capones asados. Otra se apresuró a rellenar las jarras vacías. Dalin de Istas elevó la copa en un brindis silencioso.

—Estoy seguro de que en realidad no era más que una excusa para librarse de nosotros —susurró. Cuando Vanakao le dirigió una mirada escandalizada, guiñó el ojo antes de vaciar la copa de un trago.

Conteniendo un bufido muy poco propio de su cargo, el capitán de la Guardia Real salió corriendo en dirección a la escalera.

—Muerte —siseó Diaina. El bastidor cayó al suelo con un golpe sordo que sobresaltó a Isobe. Levantó la vista, sorprendida, y la posó en el rostro de su sobrina.

—¿Qué? —inquirió, clavando la aguja en su bordado. La luz de las llamas proyectaba sombras cambiantes en las facciones de Diaina, convirtiendo a la niña en un ser irreal que pugnaba por conservar forma humana.

—La Muerte —susurró Diaina, con los ojos fijos en el fuego del hogar.

Estupefacta, Isobe abrió la boca para preguntar qué significaba aquello, pero un gesto brusco de Julda la obligó a cerrar los labios.

—Deja que los recuerdos despierten cuando quieran —dijo la nodriza en voz baja antes de inclinarse sobre Diaina, acercándose sin llegar a tocarla—. ¿Has visto a la Dama?

—Un relámpago de plata —confirmó Diaina—. Cabalga en la tormenta. *Es* la tormenta.

—¿Qué quiere decir…? —empezó Isobe sin poder contenerse, y volvió a enmudecer al recibir una mirada punzante de Julda.

—Ya viene —musitó Diaina antes de parpadear una, dos veces, y fruncir el ceño—. Hace

un poco de frío, ¿no? —añadió con tranquilidad, paseando los ojos por el salón iluminado sólo por el fuego que ardía en el hogar de piedra. Agachó la cabeza, y su ceño se acentuó al ver el bastidor caído sobre sus pies—. Hace tanto frío que no sé cómo puedes bordar, tía Isobe —rezongó antes de recoger su labor—. Tengo los dedos rígidos.

—¿Quién viene? —exigió saber Isobe, dejando a un lado el bordado e inclinándose, ella también, hacia su sobrina. Ignoró el ademán de reconvención de Julda; hacía ya muchos años que la nodriza había dejado de intimidarla. Casi siempre.

Diaina se encogió de hombros.

—La Muerte. La Mujer Plateada. Viene. —Desenredó ociosamente el hilo, de un brillante color rojo—. Pero no sé a por quién. Y no sé cuándo.

—La Dama de Plata nunca se va —respondió Julda con voz suave—. Todos los días hay muerte. Todos los días hay muertos. La Öiyya vive en Ridia. Si a eso se le puede llamar vivir.

Diaina dejó la mano, con la aguja entre los dedos, suspendida en el aire, y giró la cabeza para posar una mirada sosegada en su nodriza.

—Cuando el Destino la llama —dijo—, la Muerte viene en persona. Tía Isobe, ¿puedes pasarme el hilo verde?

Demasiado desconcertada como para responder, Isobe buscó en el costurero que tenía a sus pies y aferró un ovillo al azar. Resultó ser morado. A Diaina no pareció importarle.

—No pongas esa cara —sonrió, desenrollando el hilo con dedos ágiles—. No hace falta pintarse la piel de azul para tener la mente abierta.

—Lo que me preocupa es que no seas capaz de cerrarla —murmuró Julda. Se incorporó y se dirigió hacia el hogar para atizar el fuego. Una forma de ocultar su confusión, pensó Isobe. Ella haría lo mismo si Julda no se le hubiera adelantado. Y sin usar el atizador: el dolor en las manos quizá serviría para hacerle olvidar lo que su cerebro se empeñaba en recordar.

«Cómo puedes ser tan mayor para lo joven que eres…»

Diaina empezó a tararear con despreocupación mientras bordaba las primeras briznas de hierba de color morado.

Tranlovar alzó la vista cuando oyó el chirrido de la puerta. En el umbral apareció la figura escuchimizada de Yosen: una silueta más negra que las sombras que poblaban el corredor a esas horas de la noche, en las que la Isla dormía intranquila esperando a tener noticias del estado de salud de su príncipe. Vanakao rebulló, inquieto, tratando de permanecer inmóvil junto a la figura silenciosa del comandante de la Guardia Real.

El sanador levantó el rostro hacia el mayordomo y asintió con expresión sombría.

—De acuerdo —suspiró Tranlovar, sacudiendo la cabeza—. Esto es una locura.

—No nos corresponde ni a ti ni a mí decidir eso —dijo Yosen con su habitual tono tranquilo.

—No. —Tranlovar volvió a suspirar—. Comandante —agregó en voz baja, volviéndose hacia ellos—. Sabes lo que tienes que hacer.

—Sí, señor —dijo el comandante llevándose la mano abierta al pecho.

—Y por los Tres, hazlo en silencio. Que no se entere nadie.

—Será difícil ocultárselo a mis hombres, señor mayordomo.

—Lo sé. Y tú sabes lo que tienes que explicarles a tus soldados —contestó Tranlovar, lanzando miradas de reojo a la puerta de los aposentos del príncipe—. El resto de Novana no debe enterarse de qué, de quién ni de por qué. Supongo que tus hombres lo entenderán. Y que callarán.

—Desde luego, señor. Es un asunto de la Guardia Real. Los asuntos de la Guardia Real son sólo nuestros.

—De momento.

—Capitán —ordenó el comandante, volviéndose hacia Vanakao—. Sígueme.

—Sí, señor —respondió él con voz débil, desconcertado, antes de echar a andar cuando el comandante emprendió un trote silencioso pasillo arriba sin perder ni una pizca de su dignidad.

El rey estaba muy enfermo. «El *futuro* rey», se corrigió Linat. «O el *pasado* futuro rey», añadió, sin disimular una sonrisa. La ocultó detrás de su palma, fingiendo una tosecilla que no llamó la atención entre los murmullos de los nobles convertidos en multitud en el Gran Salón de la Torre del Rey.

La Isla se ahogaba en susurros que hablaban de traición, de enfermedad y de muerte.

«Quizá sería mejor que desaparecieras». Giró la cabeza para esquivar la insistente mirada de Dalin de Istas, que parecía muy interesado en su persona. Era improbable que lo hubiera reconocido, pero no estaba de más ser precavido. El señor de Istas había declarado su lealtad a la Casa de Laurvat con la suficiente rotundidad y frecuencia como para que pudiera resultar peligroso que supiera que Linat de Teilhil estaba en Lanhav.

—Hmmm… interesante —diría, rascándose el mentón con ese gesto pensativo que lo hacía parecer aún más anciano de lo que ya era—. Tearate cae enfermo mientras Linat se disfraza para pasar una temporada en la Isla…

Tardaría dos latidos en pronunciar la palabra “veneno”. Y otros tres o cuatro en acusarlo de intentar asesinar al rey.

«Curioso», no pudo evitar sonreír Linat mientras trataba de escabullirse en dirección al patio de la fortaleza, «teniendo en cuenta que, por una vez, soy inocente». Lo cual no quería decir que estuviera preocupado por la enfermedad de Tearate, por supuesto. Su muerte podría resultar… conveniente.

Una lástima que no se le hubiera ocurrido a él.

—Habría sido beneficioso —dijo entre dientes, atravesando el enorme umbral por el que se colaba, convertido en polvo de oro, el sol. Pero no era él quien había atentado contra la vida del futuro rey. De modo que el asesino, fuera quien fuese, debía tener en mente un objetivo que no era la ascensión al trono de la Casa de Teilhil.

Y no creía equivocarse mucho si miraba hacia Venver en busca de un culpable.

—Teilhil.

Contuvo un gruñido, sin ocultar la mueca amenazadora. Una mujer que transportaba un cesto lo miró, asustada, y aceleró su paseo agachando la cabeza. Al fondo, junto a los barracones, un grupito de soldados fingía practicar con sus espadas en un juego que más parecía una versión infantil del baile de la cosecha. El sol bañaba la muralla, disolviendo las sombras empeñadas en colgarse de los muros y tejados húmedos por el relente. Un caballo resopló, asomado a un ventanuco del establo como una vecina ansiosa por enterarse del último cotilleo. Levantando paja a su paso, Linat llegó a la esquina norte de la Torre del Rey.

—Venver —masculló en dirección a la figura que trataba de hacerse una con las sombras

moribundas. Kaoge levantó el rostro; el sol, colándose entre las almenas, iluminó su barba cenicienta, su cabello desgreñado, las bolsas bajo sus ojos castaños.

—Sé que no somos amigos del alma y que no tienes que contarme todos tus secretos, pero podrías haberme dicho que planeabas matar al rey —protestó Venver sin más preámbulos. El señor de Teilhil miró a derecha e izquierda con precaución antes de encarar a Kaoge.

—No me vengas con tonterías —replicó en el mismo tono destemplado—. Sabes tan bien como yo que Teilhil no tiene nada que ver con esto. Y lo sabes porque es Venver quien ha intentado asesinar a Tearate.

—¿Venver? —repitió Kaoge, adoptando una expresión sorprendida que, había que reconocerlo, resultaba bastante creíble—. Qué dices, hombre. ¿De qué me serviría que Tearate muriera? Lo que necesito es que no se oponga a nuestra independencia, y para eso tiene que estar vivo.

—Un rey muerto no suele oponerse a gran cosa. Y un rey muerto sin herederos directos, menos.

—Lo que tú digas, hombre, lo que tú digas —dijo Kaoge, poniendo los ojos en blanco—. Pero, puestos a querer un rey muerto sin herederos, ¿no serías tú el más interesado…?

—Sí. O no, maldita sea —rumió Linat—. Depende de lo que pretenda quien haya intentado matarlo. Y de si lo consigue o no.

—Claro que ni siquiera sabemos si es cierto que alguien ha intentado asesinarlo… Puede estar enfermo de verdad. Una mala cena, o una mala borrachera, o una mala puta. O ni siquiera eso. ¿Sabemos si es verdad que está enfermo?

—Tranlovar lo ha anunciado oficialmente esta mañana.

—¿Y te fías de ese sureño afeminado? —preguntó Venver, despectivo.

—Que sea afeminado no quiere decir que sea imbécil. Y que sea imbécil no significa que sea un mentiroso. Además, Yosen estaba con él. Puedes pensar lo que quieras de él, pero Yosen no es tonto. Y es el mejor sanador de Novana.

—Ya puede serlo. Quien quiere saber cómo matar, tiene que saber por fuerza cómo sanar. Y él es un experto en las dos cosas.

—Como sea —desechó Linat con un gesto evasivo—. Yosen es un sanador competente, y en realidad no guarda lealtad a nadie. Yo estoy dispuesto a creer lo que me diga, y si me dice que

Tearate está enfermo, será porque es así.

Kaoge se quedó pensativo, con la mirada perdida entre los soldados que seguían jugando a practicar esgrima.

—A menos que sí haya jurado lealtad a alguien… y ese alguien no sea Tearate.

Linat frunció el ceño.

—¿Quieres decir… que sea Yosen quien haya envenenado a Tearate, por orden de otra persona? —preguntó con lentitud—. ¿A quién más podría interesarle su muerte, aparte de a ti y a mí?

—¿A Lenvania? —sugirió el señor de Venver.

—Es posible —murmuró Linat, meditabundo—. Es igual: lo importante es que nadie sospeche que hemos sido nosotros. Si es que Tearate llega a morir.

—A lo mejor ya está muerto. No sabemos si Tranlovar ha dicho la verdad, o está intentando ganar tiempo para buscar un sustituto mientras la Corte piensa que Tearate está enfermo. Un sustituto que no mande a ese maricón a picar piedras en cuanto suba al trono. Tranlovar sabe perfectamente que sólo Laurvat le protege de ser acusado de blasfemia. A saber lo que le deberá Laurvat, por cierto —insinuó Kaoge sin dejar de sonreír con intención.

—Tranlovar es hijo bastardo de Kevol. Lo sabe todo el mundo. No hace falta buscar nada escandaloso: con la verdad ya tienes bastante.

—Lo que sea. —Kaoge alzó los dedos en un ademán displicente—. El caso es que es leal a Tearate, sea su hermano, su amante o sólo su amo. O las tres cosas al mismo tiempo. Y creo que Tranlovar está ocultando algo. Sólo Yosen y él tienen acceso a sus habitaciones: ni siquiera la Guardia Real tiene permitido entrar.

—La Guardia Real no puede proteger al rey de una enfermedad. Yosen sí. No veo que eso demuestre que ha cruzado a la Otra Orilla sin tener a bien informar a sus futuros súbditos.

—¿No? Yo creo que sí. Si Tearate estuviera vivo, sabría que esconderse sólo podría perjudicarlo, con toda la Corte bisbiseando posibilidades a sus espaldas.

—Es decir, como estamos haciendo tú y yo —dijo Linat.

—Si tú fueras Tranlovar, ¿qué harías, si el único capaz de interponerse entre tú y la esclavitud hubiera muerto? ¿No intentarías ganar tiempo mientras buscas a otro que te agradezca tu apoyo desafiando al Triasta en tu nombre? Alguien que no seamos ni tú ni yo, por supuesto. —

La sonrisa bailoteó un rato, perezosa, en sus labios—. Nosotros somos fieles a los Tres por encima de todo.

—Incluso del rey.

—Sobre todo, del rey —rio Kaoge—. De todos modos, sea quien sea el elegido de Tranlovar, no nos va a gustar.

—¿Porque no somos ni tú ni yo? —inquirió Linat, sarcástico.

—Por ejemplo.

Linat sacudió la cabeza.

—Es lógico pensar que puede estar muerto ya, sí. Maldita sea, esto puede hacer imposible una alianza con Lenvania. Y con Sendala. Si creen que hemos atentado contra el príncipe… ¿Has hablado con tu hijo? ¿Sabes si entre la Guardia Real o los siervos se comenta algo?

Kaoge volvió a encogerse de hombros, esta vez con un asomo de fastidio.

—No he visto a Vanakao desde que llegué a Lanhav. No he creído conveniente ir a buscarlo: si me hubieran visto con él, habría sido mucho más sencillo que alguien me reconociera. —Chasqueó la lengua—. No despertar sospechas, ¿recuerdas…?

—Recuerdo, recuerdo. Una cosa es que nos venga bien que Tearate no llegue a ser coronado, otra que nos acusen de habérselo impedido por el muy directo y poco sutil método de matarlo.

—Que se muera, si quiere —espetó Kaoge, despectivo—. Pero que no nos joda.

Linat no pudo contener una carcajada.

—Creo que su intención era justo ésa. Aunque no le gustase besar barbas.

—El problema es que seguro que a nosotros tampoco nos iba a gustar —gruñó el señor de Venver—. De cualquier forma, sólo por precaución, hace días que escribí a mis vasallos para que vinieran a… presentar sus respetos a nuestro nuevo rey.

Linat arqueó una ceja.

—¿Con un ejército?

—Uno pequeñito. Simbólico. Ya sabes cómo va esto.

Linat asintió. Un ejército simbólico era igual de mortífero que todos los demás, si se le daban las órdenes adecuadas.

—No es mala idea. Creo que voy a hacer lo mismo —murmuró—. Simbólicamente, por

supuesto.

—Por supuesto.

Silencio. Oscuridad.

Frío.

El rítmico golpeteo de una gota de agua sobre el suelo. Plop… plop… plop… Resonaba en el silencio, en la oscuridad, en el frío, como un tambor de guerra.

Vanakao de Venver sonrió, cansado, antes de echar la cabeza hacia atrás para apoyarla en la húmeda pared de piedra. Era casi el único movimiento que podía hacer: sentado en el suelo, con las rodillas encogidas y los codos apoyados sobre ellas, la espalda arañando el muro con sus garras de vértebras, apenas podía contraer un músculo sin que alguna parte de él golpease la piedra desnuda.

Plop.

«Al menos las gotas no me caen encima». El sonido que hacían al golpear el suelo ya era bastante enervante; si tuviera que soportar la humedad, el helor del agua al chocar contra su piel, incapaz de apartarse de su recorrido para evitarla… tal vez se volvería loco. O tal vez ya lo estuviera. Su sonrisa se ensanchó.

—No tanto como para hacer lo que queréis que haga, ¿sabéis? —dijo, haciendo una mueca al oír su voz ronca por la falta de uso—. No tanto. Todavía.

«Preguntádmelo dentro de otros tres días».

Plop. Plop. Plop, coreó el agua.

Aunque sería tan fácil… Salir de allí, estirar los músculos, volver a ser alguien en vez del guiñapo aovillado y sucio que se encogía en el último agujero de la fortaleza de la Isla. Un capitán de la Guardia Real de Novana. El heredero del señorío de Venver. Un hombre.

—Qué fácil es arrebatarle la humanidad a alguien —siguió en tono susurrante, esperando quizá que las gotas de agua pudieran escuchar sus palabras—. Me pregunto si será igual de sencillo devolvérsela.

«Preguntádmelo dentro de otros tres días», se repitió antes de soltar una carcajada amarga

que arañó su garganta reseca. Tres días, sí. Ése era el tiempo que llevaba allí abajo, en los sótanos de la Torre del Rey, acurrucado en una celda en la que ni siquiera un niño podría sentarse con comodidad. ¿O habían sido dos? ¿O cinco?

¿Y de verdad importaba…?

—A lo mejor sí estoy loco —continuó en dirección a la oscuridad—. Claro que es posible que ya estuviera loco antes de que me encerrasen aquí abajo.

Al menos, eso era lo que decía su padre. Su sonrisa se torció en un rictus de amargura. Kaoge de Venver no consideraba digno de su sangre a su hijo, aunque jamás lo reconocería en público. Que Vanakao hubiera decidido convertir a una sierva en su amante había sido para Kaoge peor que el golpe de un martillo de guerra en la frente. Que Vanakao hubiera pronunciado el juramento de la Guardia Real de Novana, comprometiéndose a proteger al rey que Kaoge consideraba su peor enemigo, le había dolido más que una cuchillada entre dos costillas.

—Imbécil —le había insultado al verle favorecer a Tenakia en público—. Traidor —fue su susurro envenenado cuando le oyó pronunciar las palabras que lo ligaban primero a Kevol, después a Tearate.

Protegeré al rey con mi vida, hasta la última gota de mi sangre. Los vocablos todavía quemaban en su lengua. *Mi vida por su vida. Mi muerte por su muerte. Mi alma por mi rey.*

Y en realidad, ¿qué le debía a su padre?

Odio.

«Estás flaqueando, Vanakao».

Suspiró y golpeó la piedra del muro con la cabeza.

—Quizá no tengáis que esperar otros tres días —musitó, cerrando los ojos. La oscuridad fue la misma. El frío, también.

Plop.

SEGUNDA PARTE

Yeöi. Año 548 después del Ocaso

La luz de las hogueras se reflejaba en las nubes, formando sobre Kianlê una cúpula de negrura veteada en oro y sangre, a sus pies una alfombra de sangre y oro punteada por las sombras de los árboles, de los hombres. Sangre, oro y oscuridad.

—No deja de ser apropiado. Al fin y al cabo, es Yeöi…

La noche de los muertos. Isobe de Ilhah sacudió la cabeza, divertida, observando el corro formado por las mujeres de la aldea, sus rostros serios mientras agitaban las faldas alrededor de la más grande de las hogueras que bordaban el tapiz de la noche, sus gargantas entonando al unísono la monótona letanía destinada a los oídos de los difuntos para aligerar sus corazones de la pena de la otra vida.

—Tonterías —mascullaba Linat, indefectiblemente, todos los años—. Que yo sepa, cuando te mueres se te pudren las orejas.

En realidad, el señor de Teilhil decía aquello para evitar que su hermana participase en la fiesta de Yeöi.

—Ah, pero ahora no estás aquí, Linat —murmuró, dejando que sus ojos resbalasen por la falda roja y negra de una mujer que, pese a su obesidad, se movía con tanto garbo como un ave a punto de alzar el vuelo hacia las invisibles estrellas. No podía evitar sonreír, sintiéndose casi traviesa al desafiar los deseos de su hermano y señor. Aunque Yeöi no fuera la más alegre de las festividades que salpicaban el calendario ridiano.

Era más bien sombría. Casi… tétrica, se estremeció mientras el lúgubre cántico se alzaba por encima de las copas de los árboles, tratando de alcanzar la Otra Orilla.

Muerte.

Se llevó la mano a la manga del vestido y palpó un pequeño bulto rectangular. El pergamino doblado, todavía con restos de lacre, que su hermano había enviado días atrás desde Lanhav y había llegado a Kianlê aquella misma mañana.

> …la muerte de nuestro bien amado príncipe Tearate. Aunque nadie sabe de quién habrá sido la mano capaz de atentar contra su vida.
>
> Teniendo en cuenta que la Casa de Laurvat está prácticamente extinguida, nuestra familia es la primera a la que recurrirán para restablecer el gobierno. Eso me obliga a advertirte: si Teilhil se convierte en la familia real de Novana, es posible que algunos quieran aprovecharse de ese hecho a través de sus miembros más débiles. En este caso, tú, Isobe, y mi hija Diaina. Hacerse con vosotras les resultaría sencillo; obligarme después a hacer lo que ellos quisieran, mucho más.
>
> Sé que Venver y Lenvania quieren forjar una alianza conmigo. Te suplico que tomes las medidas necesarias para que dicha alianza se firme desde la confianza y la amistad, y no como consecuencia de una amenaza por su parte.

Nadie sabe de quién habrá sido la mano… Isobe esbozó una sonrisa torcida. Si tuviera que apostar, diría que esa mano llevaba un sello dorado con un castillo engastado, el escudo de armas de la Casa de Teilhil.

Suspiró. Siempre había sabido que no era más que un instrumento para Linat, y que a la larga su hermano la utilizaría para conseguir el trono que tanto ansiaba. Al parecer, el destino empezaba a ponerse de su parte. Y con esa carta Linat no sólo pretendía ordenar a Isobe que estuviera alerta; su mensaje auténtico era mucho más sutil.

«Prepárate. Prepárate, porque muy pronto tendrás que ayudarme a forjar las alianzas que necesito».

Le costaba no ceder al impulso de salir corriendo, atravesar la cordillera de Saldehêna y perderse entre los pueblos de Hongarre hasta que el mundo se olvidase de ella.

—Hacemos lo que debemos hacer. —Aunque ya ni ella misma sabía si apoyar a Linat era su deber o una traición contra todo en lo que creía.

A su alrededor, formando un segundo círculo más amplio, los hombres se pasaban pellejos de vino en busca de un consuelo para el tradicional ayuno de la noche de Yeöi. Incluso desde la distancia, Isobe podía adivinar en sus expresiones un deseo que no tenía que ver con la belleza de algunas de las aldeanas y sí con las imágenes de carne recubierta de grasa crujiente que el fuego hacía aparecer en su mente.

«Paciencia. La aurora no está tan lejos…» Ella también tenía hambre.

—Es una forma de respeto a los muertos —le había explicado Julda—. Una costumbre heranne. Kianlê está demasiado cerca de Hongarre.

No era la única costumbre que había logrado atravesar el tiempo y la cordillera de Saldehêna. Conforme pasaban los días, Isobe descubría más y más tradiciones que hablaban de un pasado remoto, de un pueblo desaparecido, de unos rostros pintados de tintura azul salpicada de gotas de sangre.

Se estremeció.

—Los muertos —susurró una voz—. Las puertas abiertas, esta noche. Entre el mundo de los vivos y el suyo.

Se volvió. Sentada entre las raíces de un enorme roble, con la espalda apoyada en la corteza y los brazos en las cepas retorcidas, Diaina parecía una reina coronada de hojas, una reina surgida de las leyendas que Julda les contaba cada noche frente al hogar, bastidor en mano, empuñando una aguja que clavaba en el paño con la misma saña con que clavaba sus historias en las mentes de sus pupilas. Una reina niña con el rostro de una anciana preocupada.

—¿Qué ocurre? —inquirió Isobe, sentándose a su lado sin preocuparse del destrozo que la hierba húmeda pudiera provocar en su falda. Diaina no se giró. Siguió fijando los ojos en la enorme hoguera que danzaba ante ellas, ensombrecida de tanto en tanto por alguna figura que, desafiando a las llamas, decidía saltarla en busca de un guiño del Azar.

—¿Los árboles están vivos o muertos? —preguntó, su mirada siguiendo a los hombres que brincaban sobre el fuego. Isobe estaba convencida de que, en realidad, no los veía.

—Si haces caso de lo que dice Julda, no sólo están vivos sino que piensan. O recuerdan, al menos. ¿Y recordar no es una forma de pensar…? Espera, olvida eso —trató de bromear—. Tu padre se acuerda hasta del día en que me salió el primer grano, pero no parece que piense mucho, ¿no crees…?

Diaina se giró hacia ella. Sus iris verdes relucían, fantasmagóricos, en las facciones casi inexpresivas.

—Los árboles crecen. Supongo que eso significa que están vivos. Las piedras no crecen. Las montañas, tampoco. Las piedras no mueren. Las montañas tampoco.

—Según las enseñanzas de nuestro muy amado Triasta, esas montañas —Señaló con un

dedo indiferente en dirección a la cordillera, a la que se agarraba con uñas de piedra la fortaleza de Kianlê— nacieron para separar a los buenos novanos de la malignidad de los he-ranne…

—El Triasta es un idiota —dijo Diaina. Y, como si su blasfemia no tuviera ninguna importancia, estiró las piernas bajo el vestido y dobló una rodilla, que se alzó como una de las montañas de las que el Triasta hablaba en sus enseñanzas.

—Será mejor que nunca digas eso delante de tu padre —cuchicheó Isobe, lanzando una mirada de reojo hacia el hombre que se apoyaba, aburrido, en el tronco del árbol más cercano. El aldeano le devolvió una sonrisa tímida.

—Los árboles hablan. Crecen. Recuerdan. Piensan. Sienten. Hablan —afirmó Diaina con contundencia. Sus ojos habían vuelto a enfocarse en ninguna parte—. Pero no tienen boca… hablan en sueños. Susurros en la oscuridad. Una tierra de oro, dicen. Oro en polvo cubriendo los campos, las ciudades, el cielo. Una reina que es más que una reina. Una corona palideciendo hasta volverse de plata… Plata, como la muerte.

Isobe parpadeó. Después, parpadeó otra vez.

—¿Qué estás diciendo? —demandó, sin saber si reír o preocuparse. Diaina seguía mirando obstinadamente a ningún lugar en concreto.

—Los sueños de los árboles. —Su voz sonó como el silbido del viento entre las hojas—. Los árboles recuerdan. Llevamos en nuestras raíces la memoria del mundo…

—¿Y qué recuerdan? ¿Una tierra de oro? ¿A su reina? ¿Cuándo fue eso, antes del Ocaso?

—No.

Ambas se volvieron a la vez, sobresaltadas. Entre las sombras que anidaban junto a los árboles relucían unos ojos redondos, como los de un gato acechando en la oscuridad.

—Julda —murmuró Isobe cuando la nodriza dio un paso adelante y la luz roja y amarilla del fuego bañó sus rasgos afilados.

—Los árboles recuerdan —asintió Julda con voz grave, deteniéndose junto al árbol—. Y cuando sueñan, lo que ven es el futuro.

Abrió la mano. En el cuenco de su palma había una bellota verde y marrón, brillante como un trozo de madera encerada; el sombrerete en forma de cúpula se había tatuado en la parte carnosa de su mano, formando escamas de piel bajo sus dedos.

—Es sólo una semilla —susurró—, pero sueña con bosques.

Isobe tragó saliva, inquieta. Un crepúsculo dorado, el sol pintando de oro el cielo, la arena, la piedra…

Sangre.

Una explosión de risas ahogó el sonido de su respiración acelerada. La música empezó a sonar, estridente, obligando a las sombras a retroceder. Los árboles observaban la danza con expresiones impasibles dibujadas en la superficie rugosa de sus troncos.

Plop.

Vanakao cerró los párpados. No hubo ninguna diferencia. La oscuridad fue la misma, el silencio, roto por el rítmico golpeteo de las gotas sobre el suelo, plop, plop, también. El frío, el hambre, el hedor. La soledad.

«Voy a volverme loco». Tampoco habría ninguna diferencia.

Ellos sabían que Vanakao era inocente. Al menos, del crimen del que le acusaban. Daba igual: nada era real en esos momentos, nada excepto el diminuto espacio en el que aguardaba, incapaz de moverse, desde hacía… ¿Cuántos días? ¿Cuántas estaciones? ¿Cuánto importaba?

—Tantos días —masculló con voz pastosa, la lengua hinchada entorpeciendo sus palabras como la oscuridad y la soledad entorpecían sus pensamientos.

Plop.

—No te debo nada —jadeó en dirección a la imagen fantasmal de su padre, tan parecido a él y al mismo tiempo tan diferente—. Me dejaste aquí, en sus manos. Ya no soy tuyo.

Entonces, ¿por qué se sentía tan culpable?

Sonrió; su labio inferior se partió y empezó a sangrar. «Demasiado tiempo, demasiado dolor, demasiada angustia». Demasiada culpa. No era necesario aguantar más. Ni siquiera él había dudado de que acabaría por rendirse. Su alma por su rey. Luchar, morir, matar. Ésa era la honra de la Guardia Real.

Traidor. La voz de su padre. Traidor, las voces de los guardias vestidos de azul y plata. «Lo haré. ¡Lo haré!», gritó sin emitir sonido alguno. El alarido de desesperación resonó sólo en su cabeza.

Abrió los ojos. No hubo ninguna diferencia.

—Venid —oró, suplicante, desafiante.

No había luna.

O quizá la niebla le impedía verla. La bruma espesa y gélida que amortajaba el mundo, convirtiéndolo en un lugar de sombras, de susurros, de blancura grisácea, sonidos apagados y rostros cambiantes, inexpresivos, inexistentes.

De dolor.

Se agitó espasmódicamente, tratando de escapar del sueño, de la manta que la aprisionaba con la fuerza y la insistencia de un amante todavía no satisfecho. El sufrimiento, soñado, imaginario, era real. Gimoteó, desesperada, mientras la neblina húmeda y helada se pegaba a su piel y, cada gota de agua la boquita de una sanguijuela sedienta, comenzaba a succionarle la sangre.

Aulló de terror, sacudiendo las piernas, los brazos, chapoteando en un charco de color escarlata. El denso líquido se aferraba a ella, atrayéndola hacia sí, empapándola de pánico. Roja, como el sol al zambullirse tras las montañas, dando a luz a la noche entre contracciones de agonía que atravesaban su vientre. Isobe volvió a chillar, volvió a forcejear contra las ataduras de lana, de niebla, de sangre.

No logró moverse. No logró despertar.

—Muerte —sollozó—. Muerte.

Muerta, la noche, su cuna empapada en sangre que resbalaba por las laderas de las montañas, por el colchón sobre el que se agitaba, dormida, despierta, ensangrentada, Isobe. Muerta. Como el niño que pugnaba por salir de su vientre, el niño que nunca había engendrado, el niño que clavaba las garras en la cara interna de sus muslos en un intento desesperado por nacer.

Y el dolor…

Rojo. Blanco. Negro. Agudo, penetrante, una zarpa que desgarraba el interior de su abdomen, que hacía pedazos sus órganos, que pugnaba por abrirse paso hasta la superficie horadando su carne.

Volvió a gritar cuando la garra la partió en dos, aunque no supo si gritaba de miedo, de agonía o de alivio. Entre sus despojos, entre sus piernas ensangrentadas y cubiertas de trozos de carne rojiza y piel transparente, inmóvil sobre el mar de sangre, el niño profirió un quejido y murió, su rostro abotargado, blanco como el de la luna que lloraba la ausencia del sol.

—Muerte.

«No existes». Jadeó en busca de un aire que no logró penetrar hasta sus pulmones destrozados. No había ningún niño. No había luna, no había noche, no había… sangre…

El Destino susurró una risita junto a su oído. *Veremos, Isobe de Ilhah*. El líquido carmesí, pegajoso, cálido y denso la cubrió como un sudario sanguinolento, ocultando el cuerpecito diminuto que yacía entre sus muslos, su propio cuerpo desgarrado, los órganos todavía palpitantes que asomaban entre sus huesos, entre los jirones de su piel.

Isobe cayó hacia la oscuridad, hacia el olvido, hacia la…

—Muerte —sollozó una voz a su lado.

Sobresaltada, se incorporó en el lecho, empapada en sudor helado. Tomó aire. Ardió en el interior de su pecho como fuego líquido. Tuvo que hacer un esfuerzo por no ceder a la tentación de no volver a respirar jamás.

—Los sueños sólo son sueños. Sólo sueños…

Diaina soltó un lamento ahogado y se desplomó sobre las mantas, a su lado, sin dejar de temblar.

El relincho de un caballo, un bramido, un golpe.

Isobe saltó de la cama, asustada, con el corazón golpeándose con saña contra sus costillas como si anhelase salir de su pecho para esconderse de la amenaza desconocida. El frío de las losas del suelo no logró serenarla; luchando por respirar, se dirigió hacia la ventana y apartó el lienzo que protegía el interior del frío del exterior.

Silencio.

Linat de Teilhil dio un seco tirón a las riendas. El caballo se encabritó antes de detenerse a un paso del rastrillo, emitió un suave relincho en forma de nube blanca y se quedó inmóvil mientras su amo

saltaba a la tierra congelada y se dirigía, ignorando los pinchazos de la sangre al volver a circular por sus piernas, hacia el rastrillo.

—¿Quién…? ¡Señor! —exclamó el joven apostado detrás, que hasta un instante antes dormitaba apoyado sobre una lanza. Se irguió con tanta brusquedad que el casco redondeado resbaló sobre su nariz—. ¡Abrid las puertas! —vociferó, su voz empañada por el yelmo.

—Es bueno saber que ningún enemigo podría acercarse a menos de una legua de este castillo sin que lo supierais —gruñó Linat, sardónico, mientras el joven hacía lo posible por enderezarse el casco y, con él, la dignidad.

—No esperaba veros llegar a caballo en mitad de la noche, señor —se disculpó el soldado.

—No, supongo que no —murmuró Linat, abriendo y cerrando las manos bajo los guantes de piel para devolverles la circulación.

Había iniciado el viaje en uno de los confortables carruajes que mantenía en los establos de su vivienda urbana en Lanhav. Sin embargo, hacía ya un par de días que había dejado atrás el aparatoso vehículo y se había subido al lomo de un caballo. Ya había perdido demasiado el tiempo, deteniéndose en todos y cada uno de los castillos, en todas y cada una de las aldeas, para ordenar el reclutamiento de todos y cada uno de los hombres en edad de pelear. Era hora de empezar a correr.

A esas alturas, el ejército de Kaoge ya debía estar acampado a las puertas de Lanhav, intentando disimular sus ansias bélicas y hacerlas pasar por respeto hacia un rey que ya no podría recibirla. Quién sabía si Venver no decidiría atacar Lanhav sin esperar a Linat. Si la muerte de Tearate se había hecho pública, ¿seguiría Lenvania apoyando a Laurvat, cambiaría su lealtad a Teilhil, se aliaría con un Venver presente y armado? Kaoge aseguraba querer sólo la independencia. Pero si le ponían Novana en las manos… ¿La rechazaría?

¿Y Sendala? Sendala era leal a Laurvat. Dalin de Istas se había asegurado de ello. Pero, sin un Tearate… ¿a quién juraría lealtad? Linat tenía que volver a Lanhav con su propio ejército. Y tenía que ser ya.

Se agachó y atravesó el umbral antes de que el rastrillo se hubiera alzado del todo, señalando al sudoroso caballo con un gesto para indicar a los soldados que se ocupasen de él.

—Mi señor —saludó un hombrecillo regordete que resollaba junto a la puerta como si acabase de llegar corriendo desde el otro extremo del continente. El jubón que vestía estaba lleno de manchas de grasa y sudor, y su pelo tan despeinado que más parecía los restos de un gato

muerto colocados sobre su coronilla.

—Jarren —respondió Linat, caminando a toda prisa hacia el patio que se adivinaba al otro lado de la muralla. El castellano de Ilhah titubeó antes de corretear detrás de él—. ¿Dónde está el capitán Nevo?

—Estoy aquí, señor.

Linat reconoció con una breve inclinación de cabeza la presencia del soldado, un hombre que parecía haber sobrevivido a una batalla más de las que le correspondían.

—Ven conmigo, capitán —ordenó, atravesando el patio a paso rápido—. Necesito a todos tus soldados: quiero convocar una leva de hombres para marchar a Lanhav lo antes posible.

—Pero… señor, ya es de noche —farfulló Jarren, boqueando como una trucha sobre una roca—. ¿No desearíais asearos un poco y comer algo antes de…?

—No hay tiempo —replicó Linat, volviéndose hacia el rostro cubierto de cicatrices de Nevo—. Envié a los veinte mensajeros más rápidos de Lanhav antes de partir hacia aquí. A estas alturas, incluso Drine debe haber recibido mis órdenes. Los hombres del oeste nos alcanzarán durante el viaje de regreso, y los del este se unirán a nosotros conforme pasemos por sus hogares.

—¿Cuántos hombres calculáis que tendréis para cuando lleguéis a la capital, señor? —inquirió el soldado con su voz rota y ronca.

—Unos cinco mil. Contando con los de Ilhah

«Un ejército pequeñito. Simbólico». Tuvo que contener una sonrisa. Había pocos señoríos capaces de reunir una fuerza semejante en menos de veinte días. El suyo era uno de ellos.

El capitán asintió, deteniéndose junto al primero de los barracones. Desde el interior se filtraba un sonido de risas apagadas.

—En ese caso, será mejor empezar a reunirlos lo antes posible. Me encargaré de ello, señor.

—Iré contigo, soldado —informó Linat con tranquilidad—. He aprendido que hay una línea muy delgada que separa la violencia empleada para convencer y la violencia empleada para… estropear.

Nevo ni siquiera parpadeó.

En la quietud casi moribunda de la ciudad, sus pasos resonaban como los tambores de guerra de un ejército. Tratando de hacerse uno con las sombras que supuraban las paredes, Vanakao caminaba por la tumba silenciosa y oscura de Lanhav.

La calle del príncipe desembocó en la calle de la reina, y ésta en la plaza del mercado. Era la quinta vez que hacía ese recorrido desde que la puerta de su celda se abrió para dejarlo salir al exterior, arropado por la negrura y armado con una única daga oscurecida con ceniza para evitar que reluciera bajo la luz.

El amplio espacio de la plaza resultaba casi abrumador, tan vacío como el Tre-Ahon durante las horas de descanso del Triasta. Sin los puestos, sin las tiendas, sin los cientos de vendedores y compradores que se aglomeraban día a día buscando una forma de estafar sin ser estafados, sin los cientos de ladrones llenos de manos camuflados entre el gentío, la plaza del mercado parecía enorme, amenazadora, muerta.

Suspiró, recorriendo el área desierta con una última mirada decepcionada antes de torcer en dirección a la margen izquierda del río Hexene, al lugar donde confluía con el Tinhal y sus aguas se mezclaban para emprender, formando un solo río, el viaje hacia el mar.

El paseo fluvial estaba tan desolado como el resto de la ciudad. Las luces parpadeantes de las antorchas permitían ver la superficie ondulante del agua, la piel redondeada de los adoquines. Era el único lugar de Lanhav, aparte de la Isla, que mantenía una iluminación constante: para comodidad de los que se aventuraban a buscar una de las tabernas y burdeles que brotaban como musgo a la orilla del río, o para evitar confusiones embarazosas, como la protagonizada días atrás por un estibador de Phanobia que había creído estar disfrutando de la compañía de cinco prostitutas mientras el Triasta exigía su cabeza y de paso todos sus miembros, el quinto incluido, por violar el santuario de Jenhaha y a cinco de sus sacerdotisas.

—Como si violar a una sacerdotisa de Jenhaha tuviera mucho mérito —bufó Vanakao sin dejar de caminar.

La Doncella, rezaba el cartel colgado sobre una puertecita maltrecha. Pasó de largo. Le bastaba con saber que tras la puerta se ocultaba el lugar más sucio y peligroso de Lanhav, y que sólo con traspasar el quicio un hombre podía incurrir en todos los pecados condenados por los Tres y algunos que a los triakos ni siquiera se les habían ocurrido.

Su padre, Kaoge, lo adoraba.

Torcía la esquina más cercana cuando la puerta del antro se abrió, dejando escapar un rayo de luz mortecina, una vaharada de aire caliente y fétido, el ruido de varias conversaciones superpuestas y una sombra furtiva que se encaminó río arriba sin molestarse en mirar hacia atrás.

—Ahí estás —susurró Vanakao, apretando los dedos alrededor de la empuñadura de la daga.

El enorme portón se cerró con un golpe que retumbó en las montañas, regresando a Kianlê en un eco distorsionado: el grito de alarma de mil gargantas de piedra incapaces de moverse para proteger la fortaleza, incapaces de hacer nada salvo alzar sus voces en un alarido de advertencia.

Con el corazón martilleando en el pecho, Isobe se apartó de la ventana y corrió hacia la cama, apartando con un aspaviento frenético las colgaduras del dosel.

—Diaina —bisbiseó—. ¡Diaina! —repitió al ver la figura encogida sobre las mantas, temblorosa como un pajarillo que no se atreve a salir del nido. Tan exasperada como asustada, Isobe se abalanzó sobre el lecho y aferró el brazo de Diaina. Su sobrina soltó un hipido de sorpresa y forcejeó débilmente; parecía dispuesta a volver a hundirse en el sueño. En las pesadillas.

«¿Y qué ocurre cuando la pesadilla te sigue hasta el mundo real…?»

Hacerse con vosotras les resultaría sencillo; obligarme después a hacer lo que ellos quisieran, mucho más.

Tiró del brazo de Diaina y logró arrastrarla fuera del lecho. Su sobrina alzó el rostro, posando en Isobe una mirada turbia y adormilada.

—Corre —siseó Isobe, volviendo a tirar de ella para obligarla a ponerse en pie.

—¿Qué…?

—¡Corre! —aulló, aferrando su mano y dirigiéndose a toda prisa hacia la puerta. Diaina trastabilló y tropezó con ella, lanzándola contra la hoja cerrada. Conteniendo un quejido, Isobe se irguió, alargó el brazo y tiró con todas sus fuerzas del pomo. La puerta se abrió con un crujido.

El pasillo estaba a oscuras. Desierto. En silencio.

Contuvo el aliento. La mano de Diaina empezó a sudar entre sus dedos, su piel tan resbaladiza como la de una serpiente, tan cálida como la del ratón al que el reptil estuviera dando

caza.

—¿Qué ocurre? —preguntó en un chillido asustado. Isobe no contestó. Miró a derecha e izquierda, aguzando la vista hasta que sus ojos protestaron de dolor.

Nadie. Silencio.

«Tal vez no sepan dónde empezar a buscar…», se dijo, cerrando la boca para contener un gemido de angustia. Ni siquiera logró engañarse a sí misma. Sólo había un lugar en el que los señores de Kianlê podían alojarse. Y ese lugar era la habitación de la que acababan de salir y la estancia idéntica situada pocos pasos más allá, dos estancias colgadas sobre el piso inferior de la Torre de la Cordillera y unidas a él por una escalera de madera.

Una escalera de madera que constituía la única forma de salir del piso superior. Salvo que quisiera saltar por una ventana.

Súbitamente horrorizada al imaginarse encerrada allí arriba, sitiada por los enemigos de Linat, obligada a entregarse a ellos o morir de hambre o de una forma más violenta, Isobe enroscó los dedos en torno a los de Diaina y echó a correr pasillo abajo.

Llovía. Una llovizna helada, casi imperceptible pero capaz de empapar a un hombre en un suspiro, calar sus ropas y rozarle los huesos. El semental de Linat trotaba sobre barro húmedo y pegajoso, profiriendo de cuando en cuando suaves relinchos de protesta. A su alrededor, los caballos que montaban los soldados parecían también reticentes a avanzar por el camino embarrado. Pero obedecían. Como obedecerían los habitantes de la aldea que vivía a la sombra de la fortaleza de Ilhah, aunque no les gustase lo que su señor les ordenaba. Como cumplía él también con su obligación por mucho esfuerzo que le costase, pensó Linat mientras divisaba la primera casa, casi invisible en la desapacible noche.

Los caballos resoplaban bajo la sordina de la lluvia. A un gesto de Nevo, dos docenas de soldados se alejaron del grupo principal, rodeando la villa.

—Dejadme hablar a mí, señor —suplicó una vez más Jarren, el castellano de Ilhah, tratando quizá de demostrarle su valentía en una tarea que no requiriese arriesgar el pescuezo—. No necesitáis rebajaros a discutir con gente de tan baja cuna. Yo puedo…

Linat enarcó una ceja divertida.

—¿Quién ha dicho que vaya a hablar? —preguntó con suavidad.

Dio un breve taconazo al flanco del caballo para obligarlo a avanzar, sorteando la primera casa en dirección al centro del poblado.

Apretando la empuñadura de la daga entre los dedos, Vanakao se soltó la capa, que cayó al suelo, y echó a andar tras la sombra. Sus pasos no hicieron ruido sobre el empedrado; la camisa suelta, tan oscura como la capa, no crujía con sus movimientos. Ni siquiera su cabello se atrevía a jugar con la brisa o intentar entorpecer su visión.

Hacía tiempo que no tenía necesidad de salir de caza, pero seguía siendo un experto. Avanzó pegado a la pared, arropado por las sombras, sin perder de vista la figura que caminaba con despreocupación dirigiéndose en una línea sinuosa y ebria hacia el Puente de las Cestas. La Guardia Real no cazaba. La mera visión de la casaca azul y plata imponía un respeto tal que sus miembros sólo tenían que fruncir el ceño para que la presa se entregase gimoteando de terror. Soldados de élite, los llamaban. Los mejores luchadores de Novana, capaces de hacer temblar incluso a los Indomables de Tilhia o a los diah monmorenses. Sólo lo mejor para proteger al rey. Pero no tenían necesidad, ni apenas oportunidad, de demostrarlo. No cazaban: cosechaban.

«Tal vez acabar en esa mazmorra sea lo mejor que podía haberme ocurrido», pensó Vanakao sin dejar de avanzar en silencio, colándose en los callejones para ocultarse del brillo plateado de la luna, de su reflejo en el río. Al menos, le había dado la oportunidad de librarse del uniforme de la Guardia Real y de la obligación de hacer frente a la presa sin esconderse.

El cazador se desperezó en su interior, contento. Incluso adoptó una sonrisa depredadora cuando la sombra tropezó con un adoquín y trastabilló, agitando los brazos en el aire.

—Puta mierda —masculló su presa, echándose la capa hacia atrás y enredándola en su propio cuello hasta estar a punto de estrangularse a sí misma.

«Ahora».

Se lanzó hacia delante en silencio, dejando que la negrura se arrastrase a su lado para cubrirlo mientras saltaba sobre su presa desprevenida, con la daga en alto. Sus ojos se clavaron en

la unión entre el cuello y el hombro, allí donde la capa había dejado un parche de piel al descubierto como si quisiera mostrarle exactamente dónde hundir el filo.

No le sorprendió que la sombra se apartase a tiempo, dejando que su puñal hendiera sólo el aire.

Recuperó el equilibrio. El brillo casi divertido de los ojos de la presa, idénticos a los suyos, oprimió sus entrañas, convirtiendo su excitación en algo muy parecido al odio.

—Atacando de noche, por la espalda… —La sombra chasqueó la lengua, adoptando una expresión de reproche—. ¿Dónde está tu honor, ése del que tanto habláis en la Guardia Real? —Dio un paso atrás y esquivó la siguiente cuchillada de Vanakao—. Ah, que no llevas tu precioso uniforme… ¿Eso significa que te han echado, por fin? ¿O es que el honor de la Guardia Real no es más que una fachada, y os lo quitáis cuando os quitáis la camisa?

Vanakao era un gran cazador. Pero era Kaoge quien le había enseñado a serlo.

—No estás borracho —dijo, retrocediendo un paso y bajando el arma.

—No.

Un truco muy viejo. Tal vez había pasado demasiado tiempo entre uniformes azules. Vanakao dejó que el mango del puñal resbalase entre sus dedos antes de girar la muñeca y empuñarlo al revés. Su brazo trazó un arco tan rápido que sus ojos fueron demasiado lentos para seguir el movimiento.

Kaoge torció la cabeza en un gesto casi perezoso. La hoja pasó a una pulgada de su cuello. Despreocupado, desenvainó su propia daga.

La sonrisa de Vanakao se ensanchó.

Corrió por el inacabable pasillo con el corazón martilleándole en las sienes, los dedos de Diaina oprimiendo dolorosamente los suyos, el aire abrasando su garganta en cada inspiración. Sus pies descalzos resbalaban sobre las losas del corredor; la larga túnica de dormir parecía empeñada en impedir su avance y convertir su carrera en una sucesión de tropezones. Sentía dolor al respirar, dolor en cada paso, en cada roce de la piedra contra la planta de sus pies helados.

Y miedo.

—Sigue corriendo —ordenó cuando Diaina empezó a tironear de su mano. Ni siquiera sabía de qué huía. Su imaginación invocaba figuras esbozadas, siluetas oscuras recortadas contra la negrura de la noche, hombres sin rostro, sin voz, sin nombre. Tal vez era eso lo que la aterrorizaba: no saber qué. No saber quién.

«Es a Diaina a quien quieren», trató de razonar su cerebro mientras ella seguía tirando de la mano húmeda de su sobrina. «No a ti. No a ti».

Tú no eres nadie.

Eso no mitigaba la sensación de terror, de indefensión. No sabía si se dirigía hacia sus atacantes o huía de ellos. No sabía si se estaba precipitando en sus brazos, si estaba llevando a Diaina hacia un destino peor que la muerte, si estaba traicionando a Linat al huir o estaba arriesgándolo todo para seguir siéndole leal. Sólo sabía que tenía que llegar a esa escalera, que tenía que bajar antes de que lograsen subir a por ellas.

El sudor que resbalaba por su espalda, enfriándose rápidamente en el aire nocturno, se le antojaba el aliento helado de la Muerte susurrando palabras de bienvenida tras su nuca.

«No seas estúpida». No eran más que hombres. «Y no van a matarte, sólo…»

¿Quién le garantizaba que, quienquiera que fuera el que había acudido a Kianlê aquella noche, embozado en el anonimato y aprovechando su aislamiento, no decidiría que era más sencillo hacerse con Diaina matando antes a Isobe? «Tú no eres importante. Ella, sí». Diaina era la hija primogénita del señor de Teilhil. Isobe no era más que su hermana pequeña.

Los apresurados y ensordecedores latidos de su corazón se detuvieron de golpe cuando oyó un ruido justo delante de ella, un roce, un… paso.

Sobre una superficie de madera.

Después, otro.

Kaoge trató de hundir la daga en el hombro de su hijo; Vanakao levantó el brazo y desvió el golpe, trabando ambas dagas al torcer la muñeca. Miró a Kaoge con el rostro casi pegado al suyo y rio con amargura.

—No sabes cuánto te odio.

—Soy tu padre.

—Precisamente por eso.

Se soltó de la daga de Kaoge y retrocedió, esquivando el golpe descendente. Empezó a empalmar cuchilladas, sin poder evitar sentir una alegría feroz mezclada con la bilis que llevaba años segregando. Hacía mucho que no tenía la ocasión de luchar cara a cara con un enemigo que respondiera a sus acometidas. Y Kaoge era tan bueno como él. Quizá más.

Exultante y lleno de rabia, se dedicó sin embargo a acechar con movimientos serenos a su padre, que respondió a las estocadas con golpes tan bien dirigidos como los suyos. Kaoge atacó con un golpe bajo que Vanakao eludió saltando hacia atrás, y otro descendente, ante el que tuvo que agacharse; aprovechando su propio impulso, Vanakao lanzó la daga hacia el abdomen de su padre con un movimiento veloz. Kaoge se apartó con expresión de serenidad.

—Odio, ¿eh? —se burló—. No sabía que fueras tan débil.

—Me dejaste aquí —espetó Vanakao, dejando que la amargura empañase su voz—. Me arrebataste lo único que me importaba y me dejaste aquí. Te importaba tres mierdas si me torturaban, o me convertían en un sureño, ¿verdad? Bien, pues eso es lo que soy.

—Es evidente. Atacando de noche, por la espalda —subrayó Kaoge, jadeante—. Y a tu señor, a tu soberano. ¿Dónde está tu lealtad?

Mi alma por mi rey.

—Donde siempre ha estado, padre —susurró antes de abalanzarse sobre él, ocultando la daga entre los dos cuerpos. Kaoge trató de apartarse una vez más; su capa de lana negra, que hasta entonces parecía moverse en armonía con su cuerpo, entorpeció sus movimientos, haciéndolo más vulnerable. Vanakao apoyó el pulgar en la hoja; el filo se clavó apenas en su piel, despertando recuerdos que creía olvidados, sensaciones que creía muertas.

Poder. Lanzó la mano hacia arriba.

Su padre pareció sorprenderse cuando la daga se hundió en su estómago.

—Oh —dijo, casi con suavidad, posando los ojos en él—. De modo que se trata de eso…

Después de un momento de vacilación, Kaoge cayó al suelo de rodillas, la sangre supurando de su cuerpo con lentitud perezosa. Un instante después se desplomó hacia atrás, mirando hacia la silueta recortada de su hijo, sobre las estrellas que ya no parecía capaz de ver. Emitió un ronco lamento mientras sus manos se agitaban en el aire y caían al suelo, fláccidas.

—¿Dónde está tu dignidad? —logró jadear.

—¿Dónde está ella? —replicó Vanakao, furioso.

Kaoge compuso una sonrisa manchada de sangre, sus ojos desenfocados, vidriosos, fijos en la negrura que cubría Lanhav como una bóveda.

—Creo que se te han adelantado, muchacho —musitó antes de toser agónicamente. Su último suspiro sonó como un gorgoteo.

—No —jadeó Isobe, muerta de miedo—. ¡No! —exclamó en un gemido ahogado. Giró sobre sí misma y echó a correr en dirección contraria, ignorando el maullido de dolor de Diaina cuando estuvo a punto de arrancarle el brazo de cuajo.

El corredor también era eterno hacia el otro lado. «¿Todo esto hemos recorrido…?», se preguntó, enloquecida. Kianlê no era un castillo grande. ¿Por qué, en esos momentos, parecía tan inmenso?

Otro paso.

Conteniendo un grito de ansiedad, Isobe se precipitó en la primera puerta que encontró, la de la habitación que Diaina había dejado vacía cuando decidió colarse en la suya. Julda no estaba; aquello de por sí ya era extraño, teniendo en cuenta que la niñera no se había separado de sus dos cachorritas ni una sola noche desde que llegaron a Kianlê. Allí sólo había un arcón, un tapiz deslustrado que ocultaba un respiradero en la pared, y la enorme cama con dosel.

Otro paso. Y después, otro. La madera de la escalera dejó de crujir; el siguiente paso sonó sobre piedra desnuda.

—Ahí —cuchicheó, remolcando a Diaina hacia la cama. Su sobrina la miró sin comprender; conteniendo la impaciencia acrecentada hasta el histerismo, Isobe levantó uno de los cortinajes de seda y se agachó para meterse debajo del lecho.

Diaina se reunió con ella en el estrechísimo espacio entre el suelo de piedra y la tabla de madera que sostenía el colchón relleno de lana. La cama era un lujo que Harad de Teilhil había regalado a su esposa Anneta antes de mudarse a Ilhah: pocos podían o querían permitirse aquellas monstruosidades de madera labrada. Isobe había oído que en la Isla había camas para todos los

miembros de la casa real y sus invitados. No sabía por qué, le resultaba difícil de creer.

Un paso, junto a la puerta que no había llegado a cerrar en su prisa por esconderse. Tuvo que contener el impulso de retroceder hacia las profundidades de la oscuridad hasta que sus piernas asomasen por el otro lado del lecho.

La puerta gruñó.

Los latidos de su corazón eran tan estruendosos que el intruso tenía que poder oírlos. «No sabe dónde estamos», pensó, casi rezó, aferrando los dedos helados de Diaina. ¿Cómo iba nadie a imaginar que dos mujeres nobles iban a esconderse debajo de… de…?

«Por favor», rogó en silencio. Por favor…

—Ah —dijo una voz, tranquila, incluso divertida—, estáis ahí.

La colgadura que tenía ante sí se alzó con lentitud. Un rostro se asomó por el hueco. Unas facciones jóvenes, casi infantiles, en una cara angulosa coronada por una mata de pelo castaño de aspecto ingobernable. Para sorpresa de Isobe, los ojos oscuros no se posaron en Diaina, sino que se clavaron directamente en ella.

El joven esbozó una sonrisa traviesa.

—Hola —saludó.

Creo que se te han adelantado.

Vanakao se enderezó, la sangre goteando de la hoja de la daga y entre sus dedos hasta caer sobre los adoquines, sobre el cuerpo inerte de Kaoge de Venver. Apretó la mano libre hasta convertirla en un puño iracundo.

«Ya veremos», juró, apartando la vista del cadáver.

—He tardado un poco más de tres días —se disculpó en dirección a la nada—. Debería haberlo hecho mucho antes.

Intentó adoptar un gesto contrito mientras echaba una última ojeada al cuerpo de su padre, convocando a las lágrimas que, suponía, debían anegar sus ojos. Pero no lloró. Ni siquiera logró que sus facciones se arrugasen un poquito.

En realidad no sentía… nada.

Linat aguardaba en silencio en el centro de la aldea, observando cómo los soldados iban reuniendo hombres a su alrededor, alineándolos junto a la pared de una de las casas. La mayoría vestía prendas resistentes, remendadas pero bien cuidadas bajo la capa de agua y barro que se iba acumulando sobre ellos bajo la lluvia. Los rostros vacíos seguían a Linat con la mirada de quien estaba viendo a un dios. Le pertenecían, y lo sabían. Él los había protegido del hambre, de las incursiones de Hongarre, de la política de Lanhav. Había llegado el momento de que ellos le protegieran a él.

—¿Cuántos necesitáis, señor? —había preguntado Nevo al entrar en la pequeña villa.

—Todos los hombres en edad de combatir. No quiero niños, ni enfermos, ni heridos, ni ancianos.

Nevo se había limitado a asentir.

Habían congregado en la calle a todos los hombres que habían encontrado en las casas, las tabernas y los burdeles. Algunos de estos últimos eran soldados de la fortaleza; Linat había fingido no verlos, y ellos habían fingido haber llegado con su grupo. Los demás habían acudido hasta allí sumisos como corderos, formando un rebaño de más de un centenar de cabezas.

—Conducidlos hasta el castillo —ordenó— y reunidlos en el patio. Quiero saber quiénes son, qué habilidades tienen y si han luchado antes. Y armadlos.

—Sí, señor.

Un grito, el ruido de las armas al salir de sus vainas. Giró el rostro, sorprendido, a tiempo de ver cómo un par de soldados sacaban a rastras a un hombre de uno de los burdeles. El hombre se debatía como si le fuera la vida en ello: pataleaba, daba codazos, incluso llegó a morder a uno antes de ser arrojado al suelo. Los soldados se abalanzaron sobre él entre bramidos y comenzaron a golpearlo con una saña que Linat sólo había visto en batallas o peleas tabernarias.

—Basta.

Los soldados se irguieron, sorprendidos, dejando al hombre sobre el barro. Linat posó una mano sobre el cuello de su caballo y se inclinó.

—Un hombre muerto no sirve de nada —dijo, antes de posar los ojos en el campesino

mientras éste se ponía de rodillas. Estaba a medio desvestir, con la camisa desabrochada y una de las mangas desgarrada. Tenía los pies descalzos, la nariz ensangrentada y un ojo a medio cerrar, enterrado entre coágulos.

—¡No quiero ser un esclavo! —clamó, alzando la mirada llorosa hacia Linat. O quizá sólo fuera la lluvia resbalando sobre sus mejillas, y el brillo de sus pupilas fuera en realidad rebeldía.

—No vas a ser un esclavo —explicó en un tono amable que le sorprendió incluso a él—. Tendrás ropa, comida, armas y una paga de medio cobre al día. Lo único que tienes que hacer es luchar por tu señor.

—¿Y si digo que no? —espetó el hombre, desafiante.

Ah. De modo que no era miedo.

—No puedes decir que no —contestó, haciendo un gesto en dirección a Nevo. El capitán golpeó al hombre con el plano de la espada, haciéndolo caer sobre un charco de barro. El campesino no volvió a moverse. Sacudiendo la cabeza con impaciencia, Linat obligó a su caballo a girar—. Que carguen con él hasta la fortaleza. Si mañana sigue preguntando lo mismo, colgadlo.

—Sí, señor —respondió Nevo antes de envainar la espada.

No se molestó en limpiarse la sangre antes de salir de la ciudad. «Que me vean como lo que soy. Que sepan quién soy». En ese momento, con el último chispazo de vida en los ojos de Kaoge destellando en su memoria, Vanakao no era un guardia real, ni un soldado, ni un noble. Y al mismo tiempo era las tres cosas. Había cumplido a rajatabla sus órdenes. Había salido victorioso de su última batalla. Era el señor de Venver.

Había asesinado a su propio padre.

—¡Alto!

Tampoco se molestó en obedecer.

—Convoca al comandante y a los capitanes —ordenó al soldado que le impedía el paso, apartando de un manotazo la lanza atravesada a la altura de su pecho.

Por suerte para el soldado, la luna eligió ese instante para asomarse entre las nubes y sonreír sobre Vanakao, convirtiendo el cabello ceniciento en plata oxidada por la sangre. No fue

necesario nada más para que el hombre lo reconociese y, tras contener un respingo, echase a correr para cumplir sus órdenes. Vanakao sonrió sin dejar de caminar hacia el centro del campamento, sintiendo sobre sí los ojos de todos los soldados del ejército que su padre había reunido en Lanhav. Por fortuna, no sería necesario castigar al guardia antes de ordenar la retirada a Venver. Con una muerte había tenido bastante.

De momento.

Sentada en el borde del lecho con las manos apretadas entre las rodillas, Isobe observó en silencio al hombre que cerraba la puerta y emitía un suspiro de alivio, apoyando la frente en la hoja de madera y cerrando los párpados el tiempo suficiente para que Isobe pudiera estudiarlo sin temor a ser descubierta por sus inquisitivos ojos.

Alto, quizá demasiado delgado, las ojeras que enmarcaban su mirada y el rictus preocupado de su boca no lograban estropear la expresión traviesa de su rostro. Resultaba agradable: no especialmente hermoso, pero sí poseedor de una cierta… vitalidad, indocilidad, algo que lo diferenciaba del resto de los nobles que conocía. Quizá fuera el pelo rebelde y enmarañado, o quizá el descuido con que se cubría con ropas de la mejor calidad y el peor cuidado; su imagen desaliñada y su gesto franco e irónico resultaban atractivos, en cierto modo.

No lo recordaba tan joven. Claro que la última vez que vio a Tearate, príncipe heredero de Novana, él ya era un hombre mientras que ella seguía siendo una niña; ahora, cuando Isobe se acercaba a la veintena y Tearate apenas la había superado, parecían tener la misma edad.

Él abrió los ojos y se apartó de la puerta para posar la mirada en su mirada. Su cara se partió en una sonrisa amplia, un gesto que, en otro, habría parecido de locura. En él parecía infantil. Alegre. Casi… eufórico.

—Hola —repitió, avanzando hacia el arcón que contenía las ropas de Isobe y sentándose sobre la tapa con un ademán poco ceremonioso. Isobe pestañeó, demasiado desconcertada para sentir miedo.

—Uh… hola —tartamudeó. Él siguió sonriendo. Turbada, Isobe apartó la vista—. Eh… Creía que habíais muerto.

—No eres la única.

—¿Qué hac…? —Se interrumpió, cohibida. Tal vez no era un buen momento para exigir que su futuro rey le explicase por qué estaba en su propio reino. O por qué estaba vivo. Buscó con desesperación algo que decir—. ¿Por qué habéis enviado a Diaina a la otra habitación, alteza? —preguntó, retorciéndose los dedos sin poder ocultar su nerviosismo. Tearate se encogió de hombros.

—Es un poco tarde para que una niña esté levantada, ¿no crees…?

—Ya no es una niña.

—Pues lo parece.

Isobe se mordió la respuesta. Alisó su túnica de lana blanca, incapaz de ignorar la embarazosa sensación de estar medio desnuda. Julda había puesto el grito en el cielo, por supuesto; por mucho que Linat la considerase una salvaje a medio domesticar, la niñera parecía tener mucho más claro que el príncipe lo que era correcto y lo que no. A Julda le escandalizaba pensar que un hombre pudiera tener una conversación a solas con una mujer soltera en ropas de dormir; al príncipe, lo que Julda creyese le importaba aproximadamente tres cojones.

Habían sido sus palabras textuales, justo antes de cerrar la puerta con un golpe que estuvo a punto de incrustar la nariz de Julda en su cráneo.

—No creo que… —empezó Isobe, incómoda por el prolongado silencio—. Creo que quizá podríamos… Es decir —recomenzó, nerviosa—, es muy tarde, como vos mismo habéis dicho, alteza. Lo que queráis decirme bien puede esperar hasta mañ…

—Oh, por favor —gruñó Tearate con una mueca de fastidio—. Déjate de altezas y de voses, no sea que me dé a mí también por hablarte como si supiera que eres una dama. Ya tengo que aguantar a Tranlovar diciéndome cómo tengo que comportarme en Lanhav, como para preocuparme por eso también cuando me voy de excursión.

—Ignoraba que entrar a escondidas en el dormitorio de una mujer noble fuera una excursión, alteza —repuso Isobe con frialdad. Tearate compuso una sonrisa traviesa.

—Te sorprenderías. Y te he dicho que no me llames alteza. Eso era una orden, por si acaso se te había pasado por alto.

Ella se ruborizó y se mordió el labio como una niña pillada en falta. Linat se ufanaba de los impecables modales cortesanos de Isobe, de su habilidad para desenvolverse entre los nobles que

pululaban por la capital como sanguijuelas en busca de un trocito de piel de Novana al que pegar sus hambrientas boquitas; si hubiera podido verla en ese instante, roja como un pimiento e incapaz de hilar dos palabras seguidas, habría renegado de ella. Eso si no había muerto antes de la impresión al verla en ropa de dormir encerrada a solas con el supuestamente difunto príncipe de Novana.

Al fin, Tearate alzó la mirada y la posó en ella. Ya no sonreía.

—Tengo un problema. Y esperaba que tú pudieras ayudarme a resolverlo. —Sin dejar de mirarla con fijeza, el príncipe cruzó las piernas, apoyando el tobillo derecho sobre la rodilla izquierda. Lejos de tranquilizarse por su postura relajada, Isobe sólo se sintió más incómoda—. Verás, quería evitar tener que ejecutar a tu hermano por traición.

Isobe parpadeó, atónita. Abrió la boca para contestar, pero la cerró después de lograr pronunciar sólo un gañido ahogado.

—Y a toda su familia, claro —agregó él—. Las cosas o se hacen bien, o no se hacen.

—Pero… Pero ¿por qué? —balbuceó ella, incapaz de controlar el súbito temblor que estuvo a punto de desgarrar la túnica entre sus manos.

—Por qué, por intentar arrebatarle la corona a su legítimo heredero, claro —contestó Tearate con placidez.

—Pero… pero eso no es cierto, no… —logró tartamudear—. Linat nunca…

—Oh, claro que es cierto. Y no se ha conformado con intentar conseguir la corona de forma pacífica, no: está reuniendo un ejército en estos mismos momentos para conducirlo a Lanhav. Atravesando mis tierras sin permiso, por cierto —apuntó en el mismo tono casual.

—Linat ha intentado hablar contigo —se defendió Isobe débilmente—. Decían que estabas demasiado enfermo para… que habías muerto, y…

—Oh, venga ya. —Tearate puso los ojos en blanco—. Linat vino a la Isla disfrazado, se reunió con Kaoge de Venver y poco después empezó a reunir a sus soldados y los de sus vasallos para marchar hacia la capital. Y —añadió, acallándola con un ademán cuando ella abrió la boca para replicar— a estas alturas, Venver ya debe estar a las puertas de Lanhav con otro ejército. Así que no me vengas con que Linat intentó hablar conmigo y no pudo porque yo estaba muerto.

—Pues ejecútalo —murmuró ella, tragándose el miedo y disfrazándolo de desafío—. Acúsalo de traición y ejecútalo. Ejecútanos a todos. Así no tendrás problemas ni para ponerte la

corona ni para conservarla sobre la cabeza.

Tearate suspiró.

—Si quisiera una guerra, lo haría. Ejecutaría a Linat y a su familia, ejecutaría a Kaoge y a los suyos, y convocaría a todos mis vasallos para que me protegieran mientras Novana se sacaba las tripas a sí misma para ver quién se quedaba con los dos señoríos. O, mejor —masculló—, diría que Teilhil y Venver me pertenecen y me pasaría el resto de la vida esperando a ver quién intentaba asesinarme primero, si los vasallos de tu hermano, los de Kaoge o los míos.

—Si no nos ejecutas, el resultado será el mismo. Linat seguirá peleando por la corona, Kaoge por su independencia y tú por seguir con vida.

Tearate asintió.

—A menos que se me ocurra otra solución mejor. Más fácil. Menos sangrienta. Y más agradable, dicho sea de paso. Venver no me preocupa: ya me he asegurado de que ese señorío no me dé problemas. Y Lenvania y Sendala son míos. O me son leales, al menos. Sin embargo, Teilhil… —Se inclinó hacia delante, acodándose sobre los muslos—. Teilhil es una molestia. Lleva siéndolo desde que murió tu padre, los Tres le hayan procurado una provisión inagotable de aguardiente. Linat está empeñado en conseguir el trono, y ha dejado bien clarito que no piensa doblar la rodilla delante de nadie. Y eso —agregó, posando una vez más en ella sus expresivos ojos marrones— me viene mal.

—Ejecútalo —insistió Isobe, sintiéndose de pronto más enojada que asustada. Irguió los hombros y le dirigió un gesto agrio—. Ejecútanos a todos, y obliga a los vasallos de mi hermano a jurarte lealtad. ¿Qué te lo impide?

Tearate enarcó una ceja. Casi parecía… divertido. Sin embargo, en sus facciones también se adivinaba otro sentimiento muy distinto, algo semejante a la preocupación.

—No tengo ganas de empezar mi reinado matando a media Novana, Isobe —confesó al fin, propinándose una palmada en el muslo antes de levantarse. Antes no le había parecido tan alto. Pese a su delgadez, resultaba amedrentador. Se encogió instintivamente cuando él la miró desde su imponente estatura—. Sabes lo que voy a proponerte —afirmó con cautela, vaciando de expresión su rostro hasta convertirlo en una máscara. No lo consiguió del todo: Isobe aún fue capaz de leer el desasosiego en sus iris. Eso sólo la puso más nerviosa.

Lo miró sin comprender. Tearate permaneció allí de pie, observándola. Incluso cuando

trataba de no decir nada con la mirada, lo decía todo.

Entonces lo entendió. Abrió mucho los ojos, estupefacta, la comprensión recorriendo su cuerpo y helando sus huesos hasta impedirle respirar. Sus labios se movieron, pero no pudo pronunciar palabra.

«No», logró articular sin emitir sonido alguno. Él la entendió.

—¿Preferirías que llamase a tu sobrina? —preguntó—. Soy el rey. O lo voy a ser muy pronto. Si yo digo que ya es una mujer, todo el mundo estará de acuerdo aunque sea evidente que todavía es una niña.

«No», volvió a decir ella en silencio. No. Diaina era demasiado pequeña, ni siquiera él se atrevería a…

—Ojalá pudiera. Ojalá ella tuviera un par de años más —suspiró él—. Es la primogénita de Teilhil: me vendría mucho mejor que su hermana. Pero así están las cosas, Isobe. Eres tú quien tiene en sus manos el futuro de Novana. ¿En serio quieres ser responsable de la muerte de tanta gente, empezando por tu familia?

Ella consiguió negar con la cabeza. Un graznido logró escapar de entre sus labios, un quejido que ni siquiera ella comprendió. Se esforzó por sacudirse la sensación de horror e incredulidad antes de convertirse en un despojo balbuceante desplomado a sus pies, incapaz de hacer nada salvo temblar y repetir, en silencio, «No».

—¿Por qué? —preguntó él en voz baja. Sus facciones afiladas se arrugaron en un gesto sombrío, quizá decepcionado. Por un instante pareció un chiquillo al que le hubieran quitado el regalo de la Vigilia de Kertta. Un chiquillo alto como las torres del Tre-Ahon y con poder sobre la vida y la muerte de todo un país.

Insegura, Isobe se puso en pie. Al volver a mirarlo, comprendió que no había logrado mucha ventaja: pese a que siempre había sido bastante más alta que las mujeres de su entorno, Tearate le devolvió la mirada desde al menos dos palmos por encima de su cabeza.

Tragó saliva.

—No pienso hacerlo —logró tartamudear, dando un paso hacia atrás. Él no dijo nada. Incómoda y a cada momento más perturbada, Isobe empezó a retorcerse los dedos, sin saber cómo evitar caer en la tentación de salir corriendo y no detenerse hasta llegar a Hongarre.

¿Por qué?

«Hacemos lo que debemos hacer», consiguió extraer del enredo de sus pensamientos, entre los silenciosos gritos de histeria que ahogaban todas las ideas coherentes. El problema era que una parte de sí chillaba de repulsión ante la idea de traicionar su deber, y otra empezaba a considerar la posibilidad de que su deber fuera precisamente traicionarlo.

Dividida en dos y demasiado confundida como para tomar una decisión, dio otro paso atrás, turbada al ver que él seguía observándola sin parpadear.

—No —insistió en un susurro. Tearate cerró los párpados, tomó aire y soltó un hondo suspiro.

—No tengo un Triasta a mano para acabar con esto —dijo con lentitud. Apretó los labios en un rictus de amargura—. Aunque de poco iba a servirme. Sólo hay una manera de hacerlo.

Isobe tardó un instante en comprender. Asustada, retrocedió hasta que su espalda chocó contra la pared, y alzó una mano en un gesto instintivo de protección.

—No —rogó una vez más—. No lo hagas. Por favor.

—¿En serio preferirías que escogiera a la hija de Linat? —demandó Tearate, sombrío—. Todavía es una niña. No tengo intención de destrozar a la Casa de Teilhil, sólo de aliarme con ella.

—Por favor —sollozó Isobe. Se encogió en el rincón, intentando esquivar su mirada sin conseguirlo.

—Novana es responsabilidad mía. —Tearate caminó hacia ella con paso titubeante—. Le juré a mi padre que conseguiría mantenerla unida, que no permitiría que hubiera una guerra por la corona. Y por los Tres que voy a cumplir mi promesa.

—No te… Soy una mujer noble —gimoteó Isobe—. No puedes…

—Yo también soy noble —replicó él, deteniéndose a un paso de distancia de donde ella se encogía contra la pared y temblaba de miedo—. Mi deber es casarme contigo después de deshonrarte. Y es lo que pienso hacer.

—No —imploró ella, sabiendo que era inútil, que él sabía, igual que ella, que era la única forma de conseguir lo que quería.

—No me obligues a obligarte.

—Por favor —gimió Isobe una vez más.

—Por favor —coreó él, alzando una mano para apartar un mechón de pelo de su cara. No rozó su piel. Su rostro joven vestía una expresión contrita, avergonzada, suplicante. Casi parecía…

renuente.

Al fin, lo hizo. Tocó su mejilla con la yema de los dedos. Isobe cerró los ojos, y una lágrima se desprendió de sus pestañas, cayendo sobre la mano de él. «Hacemos lo que debemos hacer». Su deber era apoyar a Linat, ayudarle a conseguir la corona que le pertenecía por derecho, incluso si provocaba un baño de sangre en su camino al trono. Su deber era…

Tienes en tus manos el futuro de Novana. «Hacemos lo que debemos hacer».

Siempre.

Sin apartarse de la mano que sostenía su rostro, sin abrir los párpados, sin dejar de llorar, Isobe asintió.

Tearate se incorporó y se apartó, tal vez para no incomodarla más. O para no demostrar su propia incomodidad. Sin atreverse a mirarlo, Isobe se puso en pie y, esquivándolo, caminó con paso inseguro hacia el lecho vacío. Se detuvo al llegar a una de las columnas del dosel.

—No tienes por qué hacer esto —murmuró—. Iré contigo a Lanhav. Me casaré contigo voluntariamente.

—Sabes tan bien como yo que ese matrimonio no tendrá ningún valor sin la aprobación de tu hermano —le llegó la voz de Tearate. Se había acercado sin que ella le oyera. Contuvo un escalofrío—. Sin embargo, de esta manera sólo necesito mi consentimiento. Aunque preferiría tener el tuyo también, por supuesto.

«Pero lo haré aun sin él», pareció añadir.

—No lo hagas —suplicó una última vez—. Mentiré. Les diré que lo has hecho. Pero no lo hagas.

—No puedo arriesgarme a confiar en ti.

Isobe volvió a asentir, apretando los párpados. Linat preferiría ahorcarse con sus propios intestinos antes que entregar a su hermana a Tearate de Laurvat. Y ella…

Ella haría lo que debiera hacer. Como siempre.

Agachó la cabeza y alzó una mano hasta el hombro para apartar la tela de su túnica. La prenda, amplia y sin forma, resbaló por su piel y cayó al suelo, convertida en un charco blanco a sus pies. Cerrando la mente a la vergüenza, al miedo y al nerviosismo, subió a la cama y, sin conseguir obligarse ni una sola vez a mirar a su futuro rey, se tumbó y cerró los ojos con fuerza.

Pasó un minuto de silencio que duró un siglo.

—Lo siento —oyó el susurro de Tearate antes de sentir su peso sobre su cuerpo, su piel desnuda pegada a la suya. No contestó.

Una reina que es más que una reina. Isobe se mordió el labio para contener un aullido de dolor cuando Tearate entró en ella. «¿A esto se referían los árboles?», se preguntó, aferrándose a los brazos de él para impedirse huir. Cuando él empujó con fuerza en su interior, Isobe clavó los dientes en su hombro y ahogó un grito contra su piel.

¿Y por qué fue Diaina la que recibió su mensaje…?

—Lo siento —repitió Tearate en su oído. Pero no la soltó. Ella abrió los párpados y lo miró, y se sobresaltó al ver su gesto angustiado, el llanto que hacía relucir sus pupilas. Y cuando las lágrimas de Tearate se mezclaron con las suyas Isobe sintió pena, una tristeza inmensa, abrumadora, por sí misma y por el joven que había empezado a sollozar encima de ella como si él también estuviera soportando una agonía tan intensa como la que obligaba a Isobe a apretar las mandíbulas para no soltar un alarido.

Pese al dolor, pese al llanto que escocía en sus ojos y caía sobre su pecho desde los ojos de Tearate, pese al sufrimiento que leyó en el rostro de él justo antes de que se desplomase sobre ella, Isobe empezó a pensar que estaba haciendo lo que debía hacer.

Como siempre.

El día amaneció tan helado como su corazón. El sol, débil y pálido, no lograba disolver la niebla que se derramaba entre las faldas de las montañas, enganchándose en los arbustos, acariciando los troncos de los árboles, ocultando la hierba congelada. Los rayos enfermizos apenas conseguían traspasar la bruma en algunos puntos, revelando el color grisáceo de las rocas, la línea serpenteante, apenas esbozada, de los senderos. Y el ceño fruncido de la cordillera de Saldehêna, que parecía dispuesta a despedirla demostrándole todo su desprecio.

Tearate había sabido interpretar la súplica en su mirada y, sentado sobre el lomo del semental pardo, se alejaba en dirección al estrecho camino que descendía hacia la llanura, llevándose consigo a los dos soldados de la Guardia Real. Ni siquiera así, vestido de cualquier manera y permitiendo que el viento enredase su cabello hasta convertirlo en un matojo castaño,

lograba esconder quién era en realidad. Isobe se sentía agradecida por el instante de intimidad que el príncipe le había permitido. Aunque, a juzgar por la expresión hosca de Diaina, sólo iba a servir para hundir aún más en su pecho el puñal de la culpa y la vergüenza.

Su sobrina, como ella, llevaba puesto un vestido de falda lo bastante amplia para permitirle cabalgar a horcajadas y de tejido lo bastante fuerte para aguantar el viaje. A unos pasos de distancia, los cuatro soldados restantes aguardaban a su nueva protegida. La yegua castaña que esperaba a Diaina no llevaba alforjas; allí donde iba no necesitaba equipaje. Isobe se mordió el labio. Si insistía, ¿podría lograr convencer a Tearate de que no condenase a su sobrina a una vida que no estaba hecha para ella?

Conocía la respuesta a aquella pregunta. Con el sabor de la derrota en la boca, amargo como bilis, dio un paso hacia la hija de Linat.

—Diaina…

Su sobrina la cortó con un ademán que restalló en el silencio como un latigazo mudo.

—No digas nada —contestó en tono brusco, con una voz demasiado grave para una garganta tan joven—. No hables. No hagas que te odie todavía más.

Isobe tragó saliva. Pasó por su garganta como un témpano afilado.

—Tú has visto el futuro. En tus sueños. Sabes lo que va a ocurrir. Sabes lo que hay que hacer.

—Sí —confirmó Diaina—. Y sé que mi futuro no está en el templo de Cahhir.

—Pero el mío sí está en la fortaleza de la Isla.

—Tal vez.

La frialdad de su sobrina dolía más que el mordisco del viento. Buscó una vez más sus ojos, y los encontró convertidos en dos pedazos de hielo verde.

—Hacemos lo que debemos hacer —suplicó Isobe, implorando su comprensión. Diaina le dirigió una mirada glacial.

—Lo que debemos, sí. Pero ¿para el bien de quién? ¿De Teilhil, de mi padre, de Laurvat? ¿A quién eres leal ahora, Isobe?

Agachó la cabeza, confusa. ¿A quién, en realidad? Tal vez a nadie. Tal vez a sí misma. Tal vez fuera mejor no contestar esa pregunta, ni siquiera en silencio.

Diaina no esperó su respuesta: dio media vuelta y echó a andar en dirección a los cuatro

soldados que la esperaban sin demostrar su impaciencia.

TERCERA PARTE

Vigesimocuarto día desde Yeöi. Año 548 después del Ocaso

Linat se irguió en la silla y fingió otear el horizonte mientras, con disimulo, se rascaba la nalga y escondía una mueca de dolor. Tenía el cuerpo rígido por el trote continuo del caballo, y la falta de sueño empezaba a afectarlo más de lo que estaba dispuesto a reconocer. «Por los dioses, sólo tengo treinta y tres años…» En esos momentos, sin embargo, se sentía un anciano.

Pese a todo, no podía evitar el sentimiento de satisfacción. El paisaje estaba salpicado de hombres que marchaban bajo un único estandarte, en una única dirección y con un único objetivo. El estandarte, la dirección y el objetivo de Linat de Teilhil.

—Seremos más de cinco mil cuando lleguemos a Lanhav —informó el capitán Nevo con ese gruñido gutural, casi animal, que lograba imponer el respeto de sus soldados sin necesidad de amenazas—. Y allí se nos unirán los hombres de Venver. No os será difícil haceros con esa corona que tanto deseáis, señor.

Linat lo miró de reojo. El tono sardónico había sido tan evidente como una bofetada a plena luz del día. No le importó: Nevo sabía muy bien cuándo podía mostrarse irrespetuoso. Y Linat no esperaba que todos sus subordinados se dirigieran a él como si sintieran una abrumadora adoración por su persona. Con que le obedecieran tenía bastante.

—¿Sabes? —comentó, recorriendo la llanura con los ojos; su mirada se prendió en el estandarte que ondeaba veinte varas por delante de donde él se encontraba, una mancha negra y dorada que portaba un hombre tan erguido como el astil que sostenía—. En realidad no deseo la corona. Pero tengo que conseguirla, la quiera o no. Porque me pertenece, porque es mi responsabilidad, y porque yo siempre hago lo que tengo que hacer.

Agitó las riendas. El semental emprendió un ligero trote, alejándose de Nevo.

La última carta de Isobe, fechada a día siete de Yeöi, le había alcanzado al entrar en el señorío de Laurvat. Su hermana aseguraba que tanto ella como Diaina estaban bien… pero Linat no podía librarse de una cierta sensación de intranquilidad. Tenía que emplear toda su fuerza de voluntad para resistir la tentación de ordenar una marcha forzada hacia Lanhav, arriesgándose a

derrengar no sólo a los soldados que viajaban a pie sino también a los caballos.

No podía apresurarse: si lo hacía, los hombres provenientes de la zona de Drine no lo alcanzarían jamás. Pero si no lo hacía, tal vez cuando llegase a Lanhav ya hubiera alguien sentado en el trono que le pertenecía.

Desde la ventana apenas se distinguía el camino de plata del río. Asomando tras las almenas triangulares, el Tinhal se deslizaba, lánguido, adormilado, demasiado perezoso para alzar la mirada hacia la figura que lo observaba desde la Torre del Rey.

Isobe se acodó en el alféizar, estudiando la mancha azabache punteada de luces de la ciudad, las siluetas sólidas de las casas, las murallas y la afilada aguja del Tre-Ahon. Desde las alturas, Lanhav casi parecía una ciudad tranquila. Y hermosa.

—Quién diría que en realidad es un nido de escorpiones —musitó. De escorpiones grandes, negros y venenosos. Escorpiones duros, cubiertos con su armadura y armados con la espada que brotaba de su mismo cuerpo, tal y como ahora el peor enemigo de Isobe era de su misma sangre y compartía con ella su nombre.

«¿Qué estoy haciendo?», se preguntó una vez más. Traición. Ignominia. Deshonra.

En realidad, no importaba. «Tienes otras cosas de las que preocuparte», se recriminó, apoyando la mejilla en la palma abierta de la mano.

No sentía animadversión por Tearate, a pesar de todo. O precisamente por todo. El príncipe heredero le resultaba incluso simpático, pese a sus modales burdos y su lengua propia del más grosero de los campesinos, pese a que la había forzado a traicionar a su propia familia y a sí misma.

—Ahora eso da igual —masculló. Ahora *todo* daba igual.

—¡Lhadhar! —vociferó alguien de repente. Sorprendida, Isobe se inclinó hacia delante en busca del origen del bramido; oyó el chirrido de las puertas de la fortaleza al abrirse, y lo que parecía un pequeño ejército se derramó por las calles de la Ciudad de la Isla en dirección al Puente de las Cestas.

—¡Lhadhar! —gritaban—. ¡Cahhir! ¡Jenhaha!

—¡Jenhahaaaaaaaa! —reían a coro, llamando a la única femenina de las tres deidades. Las sombras, tal vez una docena, se tambaleaban mientras trataban de caminar erguidas. Una de ellas golpeaba un tambor, bong, bong, bong, con mucho ánimo y muy poco sentido del ritmo. Daba igual: el objetivo era despertar a los Tres, y de paso a toda la ciudad, para asegurarse de su asistencia a la ceremonia del día siguiente. Aunque ni siquiera supieran quiénes iban a ser los protagonistas de la misma. Tearate no sólo había mantenido en secreto su inminente boda: también parecía dispuesto a permitir que Novana creyese que estaba enfermo, o incluso muerto, hasta la mañana siguiente.

Claro que muchas de las cosas que hacía Tearate le resultaban completamente incomprensibles.

—¡Lhadhar! ¡Cahhir!

Bong. Bong. Bong. Bong.

Hacía días que había renunciado a intentar comprender los motivos que el príncipe tenía para hacer la mitad de las cosas que hacía. La otra mitad, por el contrario, la entendía a la perfección. Por ejemplo, la presencia de Marionna de Lenvania en la fortaleza de la Isla, alojada en una de las habitaciones de invitados. Como ella, Marionna era poco más que una prisionera en la Isla. Una garantía, una rehén. Si no estuviera prohibido por la ley divina, Isobe estaba segura de que Tearate se casaría con las dos.

Tal y como estaban las cosas, Marionna sólo se encargaría de poner en la cabeza de Isobe la corona de espigas antes de su boda. Aunque lo más probable era que en menos de un año fuera Isobe quien trenzase la corona para el matrimonio de la única hija del señor de Lenvania. Con alguno de los aliados de Tearate. No podía evitar sentir rabia al comprender que ambas eran fichas que cualquiera podía mover por el tablero de Novana sin que tuvieran derecho a protestar.

—¡Jenhaha!

La Ciudad de la Isla fue despertando con rapidez, y, lejos de maldecir al grupo de jóvenes que le impedía conciliar el sueño, se unió a él como si hubiera estado esperando la excusa para festejar algo. La docena se convirtió en más de una treintena; el único tambor se multiplicó por ocho o nueve, y los pellejos de vino empezaron a ser incontables. Los chillidos, los cánticos y las risas mataron el abrumador silencio con tanta efectividad como una lanza dirigida a su corazón.

—¡Cahhir! ¡Jenhaha!

—¡Lhadhar!

Bong. Bong.

—¡Jenhahaaaa!

—¡No podéis hacer esto! ¡Soltadme!

Extrañada, buscó el origen del discordante berrido. Entre la masa de jóvenes medio ebrios que se tambaleaban al ritmo arrítmico de los tambores, captó el breve fulgor de dos uniformes plateados. Entrecerró los párpados y se inclinó sobre el alfeizar.

Bong.

Dos hombres de la Guardia Real se mezclaban en la multitud arrastrando a una tercera figura, no tan alta y mucho más gruesa, vestida con una larga túnica. Al principio, Isobe pensó que sería algún comerciante al que habían sacado de la cama para conducirlo hacia la Isla sin permitirle vestirse primero; un instante después, sus ojos se abrieron de asombro al reconocer la amplia vestimenta blanca, negra y dorada del Triasta de Lanhav.

—¡Soltadme! ¡Soltadme he dicho! ¡No podéis…!

—¡Cahhir! ¡Cahhiiiiir!

—¡Lhadhar, despierta!

Bong. Bong. Bong.

Los guardias reales, junto con su ilustre escoltado, desaparecieron entre las sombras de la muralla. Indiferentes, los jóvenes siguieron riendo y cantando a voz en grito mientras comenzaban a cruzar, en una hilera más bien sinuosa, el puente de las cestas.

Bong. Bong.

Tras ellos, las calles volvían a recuperar el silencio respetuoso que no se había roto en más de sesenta días. Pese al evidente jolgorio del grupo creciente de jóvenes, Lanhav seguía estando de luto. Lo que Isobe no tenía muy claro era si la pena de la ciudad se debía a la muerte de Kevol IX o a que incluso los adoquines empezaban a sospechar que su hijo, ya conocido como Tearate II, también había abandonado el mundo de los vivos.

Bong.

—No importa —repitió en dirección a la noche, a las carcajadas que se perdían en la distancia. Mientras el mayordomo siguiera diciendo que el príncipe estaba enfermo pero vivo, mientras el sanador apoyara sus palabras, mientras Isobe siguiera oculta, Lanhav no tendría más

remedio que creerlo. Ya habría tiempo para que los escorpiones agitasen el aguijón a la mañana siguiente. Por el momento, tendrían que conformarse con acechar en la oscuridad.

Que era lo que hacían los escorpiones.

—¡Jenhaha! —aulló alguien en la lejanía. Su oración se vio coreada por una explosión de risas.

El ejército de Venver no estaba acampado a las afueras de Lanhav. Según los exploradores, tampoco había elegido otro lugar más resguardado en las cercanías. A Kaoge no se lo veía por ninguna parte.

Contrariado, Linat dejó en manos de Nevo la preparación de su propio campamento y se acercó a pie a las murallas de la ciudad. Tampoco entre la doble hilera de almenas se veía soldado alguno, ni de Venver ni de Tearate ni de la Guardia Real. El solitario estandarte azul ondeaba sobre la puerta de Lenvania, el ave rapaz de Laurvat agitando las alas bajo los primeros rayos de sol. Su ceño se acentuó. ¿Significaba aquello que nadie había comunicado aún la muerte de Tearate? ¿O que Kaoge, si había decidido al fin hacerse con la capital sin esperarle, no había tomado la corona para sí?

—Tengo que entrar —murmuró, girando la cabeza para posar los ojos en uno de los soldados que habían caminado a su lado—. Dile a Nevo que voy a entrar en Lanhav.

—¿Con el ejército, señor? —inquirió respetuosamente el soldado. Linat lo pensó sólo un instante.

—No. Seis hombres, contando con Nevo. Los suficientes para anunciar mi llegada, pero no como para que la Guardia Real se sienta amenazada. Si Kaoge domina la Isla —añadió para sí, mientras el soldado saludaba y echaba a correr de vuelta al campamento— no corro peligro allí dentro. Y si es la guarnición de la ciudad, o la Guardia Real… Bueno —Se encogió de hombros—, no soy una amenaza. Soy su rey.

Sin embargo, frunció el ceño al ver que sólo el mayordomo mayor aguardaba su llegada junto a las puertas de la Isla. La ciudad estaba desierta, y, al parecer, también lo estaba la fortaleza. No esperaba un comité de recepción, ni una aclamación popular espontánea, pero al menos

contaba con que alguien se diera por enterado de la llegada de su futuro rey.

—Señor de Teilhil —saludó Tranlovar, rígido como si alguien hubiera estado haciéndole feliz con una estaca. Linat respondió con un gruñido y lanzó una mirada de curiosidad en dirección a las almenas, donde sólo logró distinguir la silueta de un soldado acodado sobre la piedra mientras ignoraba su llegada. La misma reacción que había tenido la ciudad entera.

Lanhav lo había mirado con desgana, como si no sintiera el más mínimo interés por él ni por el ejército acampado a sus pies. La doble muralla había observado su avance, indolente, mientras Linat y su media docena de hombres se dirigían a la puerta de Lenvania. Los soldados que la vigilaban ni siquiera se habían molestado en darle el alto. Estaba claro que quienquiera que gobernase desde la Isla no consideraba la situación lo bastante grave como para poner a la guarnición en alerta. O ese gobernante era Kaoge, y daba la bienvenida a Teilhil como a un aliado. Era la explicación más lógica tanto para la desidia de los soldados como para la ausencia de los hombres de Venver en las cercanías de Lanhav.

Sin embargo, que sólo Tranlovar hubiera salido a recibirlo podía considerarse un insulto. O una declaración de intenciones.

—¿El señor de Venver está dentro? —preguntó, dando por hecho que el mayordomo mayor ya habría dejado de lado el engaño acerca de la salud de Tearate. Entregó las riendas de su caballo a un solícito mozo de cuadras que, recordando su deber, al fin había decidido correr hacia ellos para hacerse cargo de sus monturas.

Tranlovar sostuvo su mirada. Por un momento, el mayordomo le recordó a los hombres de la Guardia Real: inexpresivo, con los labios apretados y los ojos fijos en un punto por encima de su oreja derecha, parecía dispuesto a no responder aunque su vida se viera seriamente amenazada por su silencio.

Pero Tranlovar no era un guardia, sino un siervo. Tras el instante de resistencia, inclinó la cabeza en un gesto de respeto.

—Si queréis seguirme, señor…

Linat no pudo evitar que su ceño se hiciera más pronunciado mientras lo seguía por el desierto patio en dirección a la Torre del Rey. Algo no iba como él esperaba. No sabía qué, pero algo le decía que ése no era el aspecto de una ciudad ocupada por un ejército, ni el de una ciudad sin gobernante.

La sensación se intensificó cuando Tranlovar lo condujo a través de la enorme puerta hacia el interior del Gran Salón. La estancia estaba abarrotada, pero en un silencio casi absoluto. Delante de él, ocultando su visión, una hilera de hombres y mujeres daba la espalda a la entrada. Linat se acercó a ellos, desconcertado. ¿Era posible que aquello fuera un funeral…? Pero no, las exequias de los miembros de la Familia Real se celebraban en el exterior de la Isla, a la vista de todo Lanhav. Aunque quizá…

—Esperad fuera —ordenó Tranlovar a Nevo y los cinco soldados de Linat. Él no le prestó atención. Su ceño se frunció cuando logró introducirse entre dos cuerpos y descubrió que la hilera formaba parte del corro que rodeaba todo el recinto. Un círculo casi perfecto alrededor de tres figuras que murmuraban palabras cuyo sentido, en un primer momento, se le escapó.

—…juramento de la sal, la avena y el vino —decía la silueta inconfundible del Triasta, mientras ligaba las manos de las otras dos figuras con un junco entrelazado. Una boda, comprendió, extrañado. Se abrió paso entre los dos nobles en un intento de ver mejor.

—No camines delante de mí, que puedo no seguirte —dijo con voz clara la figura más alta. Linat se asombró al reconocer a Tearate de Laurvat, tan sonriente como siempre, quizá un poco pálido pero desde luego demasiado sano como para estar muerto—. No camines detrás de mí, que puedo no esperarte. Camina siempre a mi lado. Mantente siempre junto a mí.

—No camines… —empezó otra voz, una voz femenina, que le resultó tan conocida como la suya propia. Linat ahogó una exclamación de horror al identificar al fin la cascada de pelo rojizo trenzado alrededor de la corona de trigo ceremonial.

—¡Isobe! —clamó, avanzando un paso, después otro, hacia el interior del círculo. Tearate alzó la mirada y la posó en la suya. Su sonrisa se acentuó, e inclinó la cabeza brevemente en señal de saludo.

—…que puedo no seguirte —continuó Isobe sin vacilar—. No camines detrás de mí, que puedo no esperarte.

—¡Isobe, no! —gritó Linat, echando a correr hacia ellos. El Gran Salón parecía más grande que nunca; comprendió, antes de dar dos pasos, que no iba a llegar a tiempo de interrumpirla—. ¡Isobe, cállate! —aulló sin dejar de correr, resbalando en su prisa sobre las pulidas losas de piedra del suelo.

—Camina siempre a mi lado. Mantente siempre junto a mí —finalizó ella con rapidez. Y

sólo entonces se giró para mirar a su hermano. Su gesto de bienvenida fue titubeante—. Hola, Linat.

—No puedes… no… —jadeó él deteniéndose junto al Triasta, que desligaba las manos de Isobe y Tearate con dedos temblorosos—. ¿Qué has hecho? —farfulló.

—Creo que acaba de casarse conmigo —respondió Tearate—. Buenos días, señor de Teilhil —añadió, y ni siquiera en su estado de estupefacción Linat pudo confundir el tono burlón bajo la capa de respeto.

—A-alteza —balbució, tratando de acallar el rugido de la sangre en sus oídos—. No podéis… no es… ¡Estáis muerto!

—Oh, claro que puedo —contestó Tearate, frotándose la muñeca—. Como podéis comprobar, ya lo he hecho. Y estoy bastante vivo, como también podéis comprobar.

Miró a Isobe y extendió la mano para entrelazar los dedos con los de ella.

—Pero… pero… pero… —Su boca parecía incapaz de articular bien las palabras, y su cerebro parecía incapaz de hilar dos pensamientos—. No estabais muerto —bisbiseó—, sino de viaje. Estabais… no estabais aquí, por eso… ¿Y habéis ido hasta Kianlê para…? ¿Habéis mentido a toda la Corte sólo para…?

—Hay ciertas cosas que es mejor hacer en persona —sonrió Tearate, y pareció a punto de entonar un himno triunfal dedicado a los Tres cuando Linat acusó el impacto de su frase. Parpadeó con rapidez.

—Nos escuchasteis —musitó.

—Estabais en medio de mi salón, y no hablabais bajito precisamente —replicó Tearate—. Todavía soy capaz de enterarme de lo que ocurre en mi propia casa, muchas gracias.

Abrió y cerró la boca, sintiendo cómo le faltaba el aire. «Qué has hecho, Isobe», era lo único que su mente lograba hacerle entender entre el estruendo de los latidos de su propio corazón. Tearate, vivo. Tearate, sano. Tearate, casado con su hermana…

Su mano se posó sobre la de Isobe sin que él hubiera dado la orden.

—No es válido —susurró, con la mirada todavía fija en el príncipe de Novana—. Ni siquiera el rey está por encima de las leyes de los Tres. Necesitáis mi permiso para contraer matrimonio con mi hermana. Y no os lo he dado. Y no os lo doy.

Tearate sacudió la cabeza, y después levantó el brazo para apartarse de la frente los

rebeldes mechones de pelo que se empeñaban en buscar sus ojos. El cabello se irguió como si tuviera voluntad propia, añadiendo varios dedos a su ya considerable estatura.

—Hay determinadas situaciones en las que no es necesario el consentimiento de un valedor. Por ejemplo, cuando esa mujer es deshonrada por un hombre. En ese caso, los mismos dioses exigen que ese hombre se haga cargo de ella. Cosa que no siempre ocurre, por desgracia. Hay hombres muy poco piadosos —agregó, y la comisura de sus labios se elevó de forma casi imperceptible.

El sentido de sus palabras tardó un instante en llegar al cerebro de Linat. Cuando lo hizo, lo primero que sintió fue rabia, una rabia enloquecedora. Lo segundo fue asombro, sorpresa, y al fin una ira fría, que ahogó sus pensamientos y los convirtió en un enredo empapado e inservible. Lo único que logró hacer fue posar la vista en Isobe, inmóvil y muda, con una mano entrelazada a la de Tearate y la otra a la suya.

—¿Te forzó? —preguntó en voz baja. «Dime que sí, y lo mato aquí mismo. Corona o no, testigos o no, pena de muerte o no, te juro que lo mato», añadió en silencio, apretando los dedos en torno a los de su hermana. Debió doler. Isobe no emitió quejido alguno.

Ella vaciló.

—No —respondió, bajando el rostro, cohibida.

Traición.

—Maldita puta —siseó, dejando que la furia se desbordase en su interior, roja e hirviente como roca fundida, ahogando todo pensamiento coherente—. ¡Maldita puta! —se oyó vociferar, apenas consciente de que su mano había aferrado a Isobe por el cabello y la zarandeaba con toda la fuerza de su indignación.

La soltó para desenvainar la daga que colgaba de su cinturón. Isobe retrocedió, tropezó con la falda larga de su vestido y cayó hacia atrás con un grito de miedo.

Cuando avanzó hacia ella, sintiendo, casi saboreando, el momento en que la hoja se clavaría en su carne y arrancaría la vida de su cuerpo, Isobe empezó a reptar hacia atrás, pálida como si ya estuviera muerta, luchando contra el peso del vestido que entorpecía sus movimientos. Alzó una mano ante sí.

—Linat, por favor —suplicó.

—Puta —recalcó él, apretando los dedos en torno a la empuñadura del arma. Alguien

chocó contra él, alejándolo momentáneamente de Isobe. Ella logró parapetarse detrás de las piernas de un hombre, sin dejar de temblar.

Ella no es importante, cuchicheó una voz en su oído. «No es más que una puta», corroboró antes de desviar la mirada y posarla en el príncipe heredero.

Allí no había nadie que pudiera llegar a tiempo de protegerlo. Los cortesanos iban desarmados, al igual que el Triasta. No había ningún guardia en la sala. Exultante, Linat se abalanzó sobre Tearate alzando la daga sobre su cabeza, sin pararse a pensar, sin detenerse a contemplar las consecuencias de sus actos. Sólo sabía que tenía que matar a aquel hombre, aunque para ello tuviera que abrirse paso a cuchilladas por toda la Corte novana. Y después, matarla a ella. Después, se juró, mientras de su garganta brotaba un alarido de rabia. Tearate no se había movido.

—Estás muerto —dijo, y descargó la hoja en dirección al pecho desprotegido del príncipe.

Un fuerte golpe lo desarmó, lanzando su cuchillo rodando por el suelo de piedra con un tintineo ominoso. Iracundo, intentó girar sobre sí mismo. Una tenaza de hierro sujetó sus manos a su espalda; antes de que Linat hubiera logrado soltar un simple gañido, sintió el frío de una hoja sobre la piel de su cuello, justo debajo de la nuez. No se atrevió a tragar saliva.

—Los guardias reales no siempre llevan sus uniformes, ¿lo sabías? —le llegó la voz tranquila de Tearate—. Algunos incluso aceptan esconder quiénes son durante días. Si su rey se lo ordena.

Entre la niebla rojiza de la rabia, Linat alcanzó a torcer el rostro y mirar al hombre que lo retenía. Sus ojos se desorbitaron al reconocerlo.

—Traición —repitió en un susurro cargado de veneno—. ¡Niño imbécil! ¡Tu padre te matará cuando se entere de esto!

Vanakao de Venver esbozó una sonrisa tensa.

—Hace ya días que mi padre cruzó a la Otra Orilla. —La hoja de la daga se hundió casi con suavidad en su garganta, pellizcándole la piel y haciendo brotar un hilillo de sangre—. Hizo el viaje montado en este mismo cuchillo, por cierto.

Linat apretó los dientes y buscó con la vista a Tearate. El príncipe estaba rodeado de uniformes azules y plateados: la Guardia Real debía haber estado allí todo el tiempo. Había sido lo bastante estúpido como para no verlos.

—Sólo tienes que decir una palabra más, y haré que te mate a ti también —insinuó

Tearate—. En realidad, ni siquiera tienes que hablar. Sólo tienes que mirarme mal. O mirarla mal a ella.

Extendió el brazo para ayudar a Isobe a ponerse en pie. Parecía asustada, pero ilesa. «Maldita puta», volvió a mascullar Linat en silencio.

—Es mi hermano —imploró ella, acercándose a Tearate.

—Ha intentado matarte.

—Es mi hermano.

Isobe sostuvo la mirada de Tearate durante lo que parecieron años. El silencio en el Gran Salón era abrumador: las decenas de nobles presentes ni siquiera parecían respirar. Al cabo de unos minutos eternos, Tearate asintió.

—Suéltalo, capitán —ordenó en voz baja—. Pero no te vayas muy lejos.

La daga desapareció, y con ella la presión de los brazos que lo sujetaban. Titubeante, Linat se frotó el cuello sin apartar los ojos de Tearate. La furia había desaparecido, sustituida por una ira helada mezclada con algo muy parecido al miedo. Estaba rodeado de guardias reales y cortesanos leales a Tearate. Había intentado matar a su príncipe y a su esposa. Lo único que podía suplicar era una muerte rápida.

Tearate hizo un gesto que abarcaba el salón y a las decenas de nobles silenciosos.

—Dales de beber y de comer en mi nombre, mi señora —dijo, inclinándose para posar un beso en la frente de Isobe—. Tu hermano y yo tenemos un par de conversaciones pendientes.

—Por supuesto, mi señor —accedió ella. Dedicó una sonrisa vacilante primero a su esposo, luego a su hermano, antes de girar sobre sus talones.

—Señor de Teilhil —indicó Tearate, señalando la escalera que partía de uno de los extremos de la estancia—. Si sois tan amable…

Linat prefirió no pronunciar palabra mientras caminaba tras el príncipe, esquivando jubones de terciopelo y faldas cuajadas de joyas. Se dejó conducir por Vanakao en silencio hasta una habitación no demasiado amplia, ocupada por una mesa y varias sillas desperdigadas entre cuatro paredes cubiertas de tapices. Incluso permitió que un sirviente le indicase qué silla ocupar, frente a la mesa tras la que el príncipe se parapetaba, y le sirviera una copa de vino antes de salir discretamente.

—¿No vas a ejecutarme por traición? —demandó, sin molestarse en disimular, en cuanto la

puerta se cerró a su espalda dejándolo a solas con el futuro rey de Novana. Y con Vanakao de Venver.

Tearate puso los ojos en blanco.

—No tenía intención, no. Aunque después del numerito que acabas de montar en mi boda, me va a resultar difícil no hacerlo.

—No creas que has ganado —le espetó Linat, rabioso—. Todavía no tienes la corona en la cabeza, y tampoco el apoyo de la nobleza de…

—Venver está ahora de mi parte —informó Tearate en tono conversacional—. Supongo que te habrás percatado de que Vanakao es uno de mis guardias reales y me ha jurado lealtad.

El día, varios años atrás, en que Kaoge tuvo la ocurrencia de acudir a la capital a exigir al rey que permitiera a su señorío formar su propio país, Kevol IX le había obligado a regresar a Venver acompañado de un ejército y a dejar a su primogénito en Lanhav para asegurar su buena conducta. Y su primogénito había acabado convertido en capitán de la Guardia Real, obligado a proteger al rey aun a costa de su vida. Cosas más estúpidas había visto Linat, pero pocas. Habría apostado a que Vanakao acabaría matando al rey, pero al parecer Vanakao tenía otras ideas.

—En cuanto a Lenvania… —continuó Tearate—. Bueno, Garle de Lenvania es tan leal a mí que incluso me ha pedido que acoja a su hija Marionna en la Isla y busque para ella un buen enlace. —La burla empapó su voz, inconfundible—. Y Teilhil es ahora mi familia, tanto como Laurvat —finalizó, cogiendo la copa y alzándola en un brindis—. Una buena política matrimonial puede ser más útil que una estrategia bélica. Y es mucho más placentero casarse y casar a quien se te ponga por delante que darse de leches con todo el que te mira mal —rio—. Dónde va a parar.

Linat cogió la copa y dio un trago. Fruta, madera, un leve toque picante. Si había algo de lo que un hombre podía estar seguro era de que en la Isla jamás bebería un mal vino. Echó la cabeza hacia atrás y trató de relajarse.

—No tienes hijos —empezó, buscando un tono amistoso. Perder una batalla no significaba perder la guerra—. Un rey necesita un heredero, Tearate. Es una de las pocas cosas que necesita tener.

—Que no lo tenga no es motivo para destronarlo —replicó él—. Todavía soy joven. No me vengas con que no merezco el trono porque no he tenido tiempo de procrear.

Linat hizo una mueca.

—En fin —suspiró—, te has convertido en mi hermano, aunque haya sido sin mi consentimiento. No avergonzaré a Isobe renegando de ella.

—Te basta con haber intentado matarla, ¿no?

Linat se mordió el labio. Sus propios pensamientos le sabían a bilis.

—Te juraré lealtad el día de tu coronación.

—¿Pero…? —bufó Tearate, fastidiado—. Siempre hay un pero. Un pero que lo cambia todo, un pero que hace que lo que se dice antes no tenga valor.

Linat no pudo sino sonreír. Tenía que admitir que Tearate era inteligente. Demasiado risueño para su propio bien, pero inteligente.

—Pero ese día tienes que nombrar un heredero —siguió Linat. Esta vez fue Tearate quien hizo una mueca.

—Soy joven —repitió—, y tengo una salud de hierro, pero ni siquiera encerrándome en mis habitaciones con tu hermana día y noche sería capaz de tener un hijo de aquí a diez días. Por mucho que los campesinos pongan cara de éxtasis religioso cuando me ven, no soy un dios.

—Nombra un heredero provisional. Hasta que mi hermana te dé un hijo. Por si… acaso.

—Por si acaso. Ya —resopló Tearate—. Y, por supuesto, ese «acaso» es algo que nadie desea y que haréis lo posible por evitar y todo eso. ¿Me equivoco?

—No, alteza. —Incluso resultaba divertido, pensó. Empezaba a comprender por qué el heredero del trono siempre parecía estar riéndose de una broma privada. Dio un nuevo sorbo a la copa, y el aroma frutal se le subió agradablemente a la cabeza.

—Ya. Y tampoco me equivoco —continuó Tearate— si adivino que, a tu juicio, la elección más obvia para ese nombramiento es mi nuevo sobrino, Angarad de Teilhil.

—Bueno, yo soy un poco mayor para eso. Si me nombras heredero, Novana entera se va a partir de risa al verme a tu lado en la ceremonia.

—Podría nombrar a tu hermana. Es mucho más joven que tú. Y más que yo, también.

—Pero es una mujer. —Cuando Tearate alzó una ceja sorprendida, Linat se encogió de hombros—. Fiodoc I prohibió hace siglos que las mujeres gobernasen en su propio nombre. Tú deberías saberlo: no sólo era antepasado mío, también lo era tuyo.

—Sí —gruñó Tearate—. Una sutil forma de decirme que no sólo estamos emparentados por mi matrimonio, por cierto.

—Gracias —contestó Linat. Definitivamente, el príncipe empezaba a caerle bien. Una lástima que sus objetivos estuvieran enfrentados—. El caso es que ninguno de los monarcas posteriores se molestó en anular esa ley. Isobe no puede heredar tu trono.

—A menos que tenga un hijo y yo muera antes de que él tenga la edad suficiente para gobernar.

—Pero no tienes ningún hijo —repuso Linat—. Yo sí. Tengo dos, de hecho.

—Eso no te haría mejor rey que yo.

—Ya te he dicho que voy a apoyarte, Tearate —rezongó, dejando la copa en la mesa—. Sólo estoy intentando reforzar esa alianza que has firmado conmigo sin que yo lo supiera.

—Angarad es muy joven todavía. Sólo tiene… ¿Cuántos? ¿Cinco años?

—Cinco, sí. ¿Y qué? —Linat se inclinó sobre la mesa—. Si tuvieras un hijo ahora mismo, seguiría siendo más joven que él. Mira, Tearate: puedes protestar todo lo que quieras, pero al final aceptarás. Porque sabes que necesitas un heredero y el apoyo de Teilhil. Y mi hermana puede darte las dos cosas, pero te aseguro que yo puedo dártelas más rápido y con más garantías.

Tearate chasqueó la lengua.

—Vaya, quién lo habría dicho, señor de Teilhil. Es una oferta tentadora, pero sigue gustándome más Isobe que tú. Y tengo entendido que no eres de los que se casan —agregó, divertido. Linat estuvo a punto de soltar una carcajada. ¿Sería posible que estuviera disfrutando de aquella conversación…?

—No soy de los que se casan, no. Con una vez tuve bastante —aceptó—. Venga ya, hombre. ¿De qué tienes miedo?

—¿De que intentes matarme para poner a *tu* hijo en *mi* trono? —bufó Tearate. Linat adoptó una expresión de fingido ultraje.

—Yo nunca haría eso.

—No, qué va. Jamás. Lo de hace un rato ha sido una broma, ¿eh? —suspiró Tearate con un gesto de cansancio. Linat casi podía oír el estruendo de sus pensamientos, la lucha sin cuartel entre los partidarios de acceder por el bien de la paz familiar y nacional y los partidarios de mandar al señor de Teilhil a pescar truchas de una elegante patada en el trasero. Sonriente, le dejó pensar.

Tearate era lo bastante inteligente como para comprender que nombrar heredero a Angarad no sólo supondría un peligro para él: también pondría en riesgo la vida de su hijo, cuando Isobe

tuviera a bien parirlo. Pero igualmente sabía que no era un buen momento para enemistarse con Teilhil. Lo tenía tan claro que se había arriesgado a perder su ciudad, su corona y a su pueblo viajando a escondidas en busca de una alianza. Y no iba a estropear todos sus esfuerzos ejecutando a Linat o declarándole la guerra. No, si tenía una solución pacífica al alcance de la mano.

Al fin, Tearate asintió.

—De acuerdo. Nombraré heredero a Angarad antes de mi coronación.

—¿Ante testigos? —se apresuró a preguntar Linat.

—Ante testigos. ¿Te vale con el Triasta y el Consejo, o necesitas también una representación de la nobleza?

El tono lo decía todo. *No pienses ni por un instante que soy tan estúpido como crees, señor de Teilhil*. A esas alturas Tearate ya estaría redactando mentalmente una cláusula que impidiera a Angarad acceder al trono si Tearate o su futuro hijo morían en circunstancias sospechosas. Y otra que recalcase la temporalidad del nombramiento. Y una tercera que obligase al Consejo a ratificar su derecho antes de coronarlo.

No importaba. Linat se guardaba una ficha en la manga, que pondría sobre el tablero cuando la partida llegase al punto indicado. De momento, que Tearate pensase que aquello era suficiente para conseguir el apoyo de Teilhil sin exponer su vida. Tal vez tuviera razón.

Tal vez.

—Tendrás que traer a Angarad a Lanhav —dijo Tearate cuando Linat ya se había levantado y se giraba hacia la puerta—. El heredero del trono debe vivir en la Isla, por supuesto. Lo contrario sería… ¿extraño?

Linat se detuvo en seco. Tardó un instante en volverse de nuevo hacia él; cuando lo hizo, esperaba que su rostro presentase una expresión indescifrable. Que no mostrase su repentina aprensión.

«O, por ahora, lo dejaremos en tablas».

—Por supuesto… majestad —contestó, antes de dedicarle una inclinación de cabeza y dirigirse hacia la puerta.

—Linat —volvió a detenerlo la voz de Tearate.

—¿Qué?

—¿No vas a preguntarme por tu hija? —sugirió el príncipe con suavidad. Linat se envaró.

—Está en Kianlê, donde yo la envié a la muerte de su majestad el rey Kevol —repuso con voz tensa.

—Qué va. Cuando su tía consintió en convertirse en reina de Novana, Diaina expresó su deseo de servir a los Tres. Fue tan… convincente —insinuó— que tuve que aceptar, por supuesto.

Linat entrecerró los ojos. Apretó las manos, que se convirtieron en puños a sus costados. Abrió la boca. La cerró. Pero no dijo nada.

—Te alegrará saber, supongo —continuó Tearate mirándolo con una sonrisa inocente—, que la envié al templo de Cahhir. Por si su vocación vacilaba en algún momento. No deseo que se arruine a sí misma y a su familia entregándose al culto de Jenhaha.

No. Sólo deseaba controlar a Teilhil manteniendo como rehenes a su heredero, a su primogénita y a su hermana. Linat apretó los dientes.

—Debería ejecutarte, ¿sabes? —añadió Tearate, dejando que su sonrisa se desvaneciese—. No lo hago porque Isobe me lo ha pedido. Pero no juegues conmigo.

Linat lo miró fijamente durante unos instantes eternos, y al fin asintió. Sin molestarse en dirigirle un último saludo, abrió la puerta y salió al corredor.

Todavía tenía guardada su ficha en la manga. Tal vez sería suficiente para ganar la partida, a la larga.

Tal vez.

Tearate no volvió a bajar. Linat apareció cuando el banquete ya estaba avanzado, con una expresión hermética que acentuó la incomodidad de Isobe. Se limitó a saludarla al pasar antes de desaparecer por la puerta, ignorando a los nobles agolpados en las mesas que Tranlovar había ordenado colocar tras la ceremonia.

Con un suspiro que era al mismo tiempo de pesar y de alivio, Isobe logró vestir su faz con una alegre sonrisa mientras el ejército de siervos desfilaba ante ella pidiendo su aprobación antes de servir los innumerables platos, haciendo el contrapunto al ejército de juglares, bufones y malabaristas que luchaban por ofrecer a la nobleza novana la diversión que todos recordarían al evocar la boda de su príncipe.

La silla vacía de Tearate no parecía molestar a nadie excepto a ella. Y ni siquiera estaba segura de eso último.

—¿Estáis bien, alteza? —preguntó Marionna, solícita.

—Cansada —respondió, alargando la mano para coger un trozo de pan. En realidad, no tenía hambre. Pero desmigajar pan la distraía cuando no se sentía cómoda.

—Marchaos —propuso la única hija del señor de Lenvania—. Después de lo de… Nadie va a extrañarse si decidís retiraros. Al fin y al cabo, vuestro esposo ni siquiera ha…

—Uno de los dos tiene que estar aquí —contestó, dirigiendo un gesto amable al bardo que acababa de finalizar una de las canciones más largas y aburridas que recordaba haber oído en su vida.

Las sombras provenientes de las ventanas se alargaron y, finalmente, desaparecieron, dejando sólo la dorada y temblorosa luz de las velas. Los nobles decidieron que ya habían estado sentados el tiempo suficiente y se pusieron en pie, expectantes, mientras la suave música subía de volumen y se convertía en un estruendo ensordecedor, punteado por los primeros pasos y brincos de los bailarines más ansiosos. Rechazando con un gesto la mirada interrogante de Dalin de Istas, que parecía haberse percatado de que la novia carecía de pareja de baile, Isobe se incorporó y caminó con lentitud, dirigiendo sonrisas corteses y ademanes evasivos a derecha e izquierda, hasta desaparecer por la escalera sin que nadie hiciera comentario alguno.

Y entonces sintió miedo.

Se detuvo al llegar a la primera planta, indecisa, con una mano apoyada en la pared. Ya había hecho lo que debía hacer. Se había casado con Tearate, había frustrado el intento de su hermano de ascender al trono, había logrado evitar una guerra. ¿Y ahora qué…?

Durante el viaje de Kianlê a Lanhav, Tearate no le había mostrado más que respeto. Cuando sus intentos de entablar una conversación habían chocado con el ánimo triste y agobiado de Isobe, el príncipe se había limitado a dirigirle una mirada indescifrable y alejarse de ella, para regresar al cabo de unas horas y volver a intentar hacerla hablar, o reír, u olvidar los pensamientos que amenazaban con hundirla en el fango de su propia depresión. Pero en ningún momento había vuelto a acercarse a ella con otro propósito. Parecía que, una vez conseguido lo que había ido a buscar a Kianlê, su interés se hubiera reducido al que podía tener en cualquier otra noble aliada de su casa.

«¿Y eso te molesta?» Frunció el ceño. No, claro que no. Tearate la había forzado a casarse con él; su afecto no era algo que Isobe necesitase para nada.

Y, sin embargo, todavía recordaba su llanto desesperado, el dolor en sus ojos, las lágrimas cayendo sobre su pecho. No la había violado. Había hecho todo lo posible por no tener que hacerlo. Había sufrido. Y a ratos, cuando la miraba, parecía sólo un niño desvalido pidiendo perdón, o consuelo, o…

Tragó saliva y se pasó la mano por la frente, confusa. Después, se dedicó una mueca ceñuda. Eso ahora no importaba: lo importante era saber cuál iba a ser su papel a partir de entonces. Nerviosa, avanzó por el corredor tratando de ignorar la música y las risas que se filtraban desde el piso de abajo, y se detuvo al llegar a la puerta de las habitaciones del príncipe. Tearate no necesitaba una esposa: necesitaba a Teilhil. Ya lo había conseguido, de modo que ¿ahora qué?

Sueña con bosques, susurró la voz de Julda en su oído. *Sueña, pequeña bellota. Y recuerda lo que el mundo preferiría olvidar. Conviértete en un roble. Conviértete en la madre de todo un bosque.*

Isobe se alisó la falda antes de empujar la puerta y entrar en la habitación.

Tearate estaba sentado en el lecho, con las piernas estiradas encima de la manta y la espalda recostada en un montón de cojines. Estaba leyendo un pergamino a la luz de una vela. Cuando oyó el sonido de la puerta al abrirse, alzó la mirada.

Y sonrió alegremente.

—¿Sigues viva? —preguntó, dejando que el pergamino se enrollase mientras Isobe cerraba la puerta a su espalda—. Creía que a estas alturas ya te habrías cortado las muñecas con un trozo de apio con tal de no seguir soportando semejante aburrimiento.

Isobe se quedó inmóvil, sin saber qué hacer o qué se suponía que debía contestar. Él seguía siendo el príncipe heredero, y muy pronto se convertiría en su rey. Sin embargo, allí tumbado, descalzo, despeinado, vestido con unas calzas arrugadas y la camisa a medio abrochar, parecía tan… relajado. Accesible. Joven. Cualquier cosa excepto el hombre más poderoso de Novana.

Bueno, pensó, encogiéndose mentalmente de hombros, era su esposo. Se suponía que debía haber entre ellos la suficiente confianza como para no tener que medir sus palabras cada vez que se dirigiera a él, rey o no rey. O eso esperaba. Dio un paso.

—Has dejado libre a mi hermano —musitó.

—Sí.

Seguía sonriendo. Alentada por su gesto, Isobe dio otro paso.

—Podrías haber bajado aunque sólo fuera a saludar y brindar con tus nobles —le recriminó en voz baja. La sonrisa de Tearate se ensanchó.

—¿Te has aburrido sin mí, señora? —preguntó con intención, dando una palmada en el lecho—. Vaya. Me siento… halagado.

—Vas a ser el rey de Novana —insistió, accediendo a salvar los pocos pasos que la separaban de la cama para sentarse a su lado—. Hay ciertas cosas que tienes que hacer aunque no te apetezca.

—Espero que pasar un día entero sonriendo como un idiota mientras esos cretinos se comen mi despensa no sea una de ellas.

—No. Para eso ya me tienes a mí, ¿verdad? —inquirió ella, cáustica. Tearate rio, bajito.

—Exacto. Por cierto, ya que hablas de responsabilidades, creo que deberíamos repetir esa ceremonia —comentó en tono casual—, pero hacerla más formal. Ya sabes, invitar a los reyes de los países amigos para obligarlos a tomarse la molestia de venir hasta aquí, invitar a los reyes de los países enemigos para obligarlos a tomarse la molestia de rechazar la invitación… —Sin previo aviso, se inclinó hacia ella y la abrazó. Isobe soltó un hipido de sorpresa y forcejeó un instante antes de recordar que, en teoría, él tenía todo el derecho del mundo a hacer aquello—. Y deja de preocuparte por mis nobles. Ya tienen bastante con la borrachera que se han cogido sin pagar un cobre: que se conformen con eso. O que se enfurruñen, si quieren.

No la liberó hasta que Isobe se relajó entre sus brazos y suspiró. Bien pensado, no resultaba desagradable. Más bien al contrario. ¿Sería posible que pudiera llegar a querer a ese hombre…?

«Y, si no, ya tendré tiempo para encontrar el amor cuando cumpla mi deber como esposa». *Sueña con bosques*.

—Ya veo que mi hermano tenía razón —murmuró, medio en broma, medio en serio—. No eres lo bastante responsable para llevar esa corona.

—Claro que no. ¿Cuándo he dicho que lo sea? Pero tu hermano tampoco lo es, si cree que ser rey consiste en darles gusto a los nobles y salir guapo en las monedas. —Hizo un mohín—. Si por mí fuera, mandaría la corona a Yinahia de una patada y me iría a vivir a Laurvat como un ermitaño. Pero me ha tocado heredarla, y por los dioses que me la voy a poner en la calavera.

Aunque eso no significa que tenga que convertirme en el mejor amigo de todas esas sanguijuelas. Pero no me opondré si tú decides hacerlo.

Su sonrisa lo dijo todo. *Haz lo que tengas que hacer. Lo que creas que tienes que hacer*.

«Siempre», suspiró Isobe, vacilando antes de apoyar la cabeza sobre su pecho. Tearate alzó una mano y apartó un mechón de pelo que se había soltado de la corona de trigo y se empeñaba en hacerle cosquillas en la mejilla.

—Creo que tú y yo tenemos un asunto pendiente, señora. —Cuando ella lo miró, interrogante, él le guiñó un ojo travieso—. Hay cosas que no se pueden hacer de cualquier manera.

Para su sorpresa, Isobe se descubrió imitando su sonrisa.

EPÍLOGO

El comandante de la Guardia Real compuso una sonrisa tolerante después de asegurarse de que nadie salvo sus propios hombres podían verle perder la compostura.

—Me alegro de volver a verte por aquí, Venver —comentó, aflojándose los cordones de la casaca azul y plata—. Hemos pasado unos días un poco tensos desde que te… eh… marchaste.

«Desde que me marché. Menudo eufemismo», bufó Vanakao para sus adentros. No lo dijo en voz alta, por supuesto. Había ciertas cosas que todos sabían y ninguno comentaba. Por ejemplo, que fue el comandante en persona quien encerró a Vanakao en una mazmorra, acusado de un crimen que todos sabían que no había cometido. Que todos sabían que *nadie* había cometido.

—Yo también me alegro de haber vuelto —respondió con voz átona. La media sonrisa del comandante fue el colmo de la expresividad en un rostro acostumbrado a esconder todo pensamiento, sentimiento, sensación o emoción.

—Puedes descansar esta noche —ofreció en tono amistoso. O culpable—. Mañana entras en el primer turno, de modo que será mejor que duermas bien.

—Claro —contestó, ausente.

—Creía que a estas alturas ya habrías ido a buscar a esa sirvienta tuya para ofrecerle tu nombre y tu señorío —siguió el comandante en tono conversacional—. Ya sabes, la que Kevol accedió a esconder de tu padre. ¿Cómo se llamaba? ¿Tikana?

—Tenakia.

—Eso. Una chavala bien guapa, si quieres saber mi opinión.

Vanakao asintió. Sí que era guapa. Y una he-ranne, también. Por eso Kaoge se había opuesto con tanta vehemencia a su relación.

Claro que Kaoge ya no estaba para negarle nada a su primogénito.

—La Guardia Real no se casa —dijo al fin, alzando la vista hacia su comandante.

—¿Y quién habla de matrimonio? —rio uno de los hombres desde un rincón, tumbado con las piernas apoyadas sobre la pared en una postura que habría hecho morir de la impresión a cualquiera que hubiera visto así a un guardia real. El barracón, que se alzaba junto a la muralla

interior de la fortaleza, estaba casi lleno: al contrario que los soldados de la guarnición regular, los guardias reales no solían pasar sus horas libres fuera de la Isla. Su ocio consistía en permanecer cerca de su rey por si los necesitaba cualquiera que fuera el momento. Ése era el único lugar donde se permitían el lujo de ser hombres corrientes—. A ver si ahora vamos a tener que casarnos con todas las niñas que nos hagan ojitos…

—Que nos hagan ojitos, u otras cosas —agregó otro, risueño, dejándose caer sobre una banqueta. El comandante le lanzó una mirada de advertencia y se volvió hacia Vanakao.

—No hay ninguna ley que lo prohíba. Aunque la mayoría de los miembros de la Guardia prefiere no hacerlo. Al fin y al cabo, ¿qué mujer aceptaría por esposo a un hombre que ya desde el principio está obligado a poner a su rey por encima de ella?

Vanakao negó con la cabeza. Ninguna, por supuesto. Todas querían ser la primera.

—El rey no se opondrá —sonrió el comandante, posando una mano sobre su hombro—. Es lo mínimo que te debe, después de… eh… después de todo —finalizó con prudencia.

Desganado, Vanakao volvió a asentir y se dirigió hacia el rincón opuesto para sentarse a solas. No tenía muchas ganas de intercambiar banalidades. Quizá fuera un efecto de su prolongado confinamiento en los sótanos de la Torre del Rey, o de su aislamiento posterior. O quizá fuera, sencillamente, que no le apetecía hablar.

—Es lo mínimo que me debe, sí. Aunque no lo único —murmuró, mirándose las manos.

La túnica era negra.

—No tiene nada que ver con el culto de los ianïe —fue la respuesta del acólito a la pregunta que Diaina no había llegado a pronunciar—. Ellos reverencian a la Vida como si fuera una diosa. Nosotros sabemos que los Tres crearon la vida y, por tanto, son los únicos merecedores de nuestro fervor.

Diaina no respondió. La túnica era cómoda, de tejido suave y corte recto. No le habían obligado a pronunciar voto alguno: quizá porque aún era muy joven, o porque sabían que no estaba allí para ser una sacerdotisa de Cahhir. Era una invitada, un rehén.

Y Cahhir nunca le había hablado. Los árboles, por el contrario…

Los árboles le hablaban cada noche.

—Ten paciencia, mi niña, mi pequeña bellota —había sido la despedida de Julda antes de seguir a su tía Isobe hasta Lanhav—. Has visto lo que recuerdan los árboles. No te espera una vida encerrada en piedra. —Su sonrisa había sido triste—. Eso sí: intenta no obligar a ninguno de esos sacerdotes a compartir tus sueños. Podrían no ser tan comprensivos como Isobe si les fuerzas cada noche a vivir tu futuro.

—No siempre puedo evitarlo.

—Claro que puedes. Otra cosa es que lo desees. —Un beso sobre su cabeza, una caricia en el rostro, una última despedida—. Píntate la frente de azul.

Píntate la frente de azul. Un viejo dicho de los he-ranne, para quienes la tintura de rann podía controlarlo todo.

Pero ni siquiera el rann podía contener el poder de los sueños cuando éstos eran reales.

La noche era de seda. El aire, al brotar de sus pulmones, desgarró su garganta en un alarido agónico que finalizó con un gorgoteo.

Muerte.

No podía hablar. Ni siquiera cuando gritaba lograba emitir sonido alguno. Incapaz de hacerse oír, Isobe se llevó las manos al cuello; las uñas se clavaron en su piel, abriéndose paso hacia su garganta en busca de su voz perdida.

Sólo respondió la oscuridad. Suave y cálida, húmeda como la sangre que empapaba su cuerpo, embebiendo el colchón sobre el que se agitaba. Agotada, Isobe cerró los párpados y asintió.

—Ven —suplicó.

La seda de la noche olía a incienso, dulce, denso. Emanaba de su cuerpo roto en mil pedazos, expuesto al aire seco y cálido. Podredumbre.

La mujer de los ojos de plata le devolvió la mirada y sonrió.

«Al fin», oró justo antes de despertar. La manta había resbalado hasta formar un montículo sobre sus piernas. El frío de la noche acariciaba sus miembros desnudos, suave como los dedos de

la mujer plateada. El vello de sus brazos se erizó al sentir su contacto. Isobe exhaló con lentitud, y permaneció inmóvil, con los ojos abiertos incapaces de ver en la casi completa oscuridad.

—Diaina —susurró sin voz. A su lado, Tearate rebulló sin llegar a despertarse.

La brisa agitó el lienzo que cubría la ventana, creando dibujos de plata en la pared cubierta de tapices.